

*Carlo Maria Martini*

---

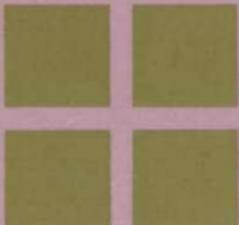
*El  
seguimiento  
de Cristo*

---

---

84

0

 **ST**  
BREVE



## **El seguimiento de Cristo**

Colección «ST breve»

33

Carlo Maria Martini

# El seguimiento de Cristo

Editorial SAL TERRAE  
Santander

Título del original italiano:

*Sequela Christi*

© 1990 by Edizioni Comunità di Vita Cristiana,  
Roma (Italia)

Traducción:

*Enrique Hurtado*

© 1997 by Editorial Sal Terrae  
Polígono de Raos, Parcela 14-I  
39600 Maliaño (Cantabria)

Fax: (942) 36 92 01

E-mail: [salterrae@salterrae.es](mailto:salterrae@salterrae.es)

<http://salterrae.es>

Con las debidas licencias

*Impreso en España. Printed in Spain*

ISBN: 84-293-1238-2

Dep. Legal: BI-2350-97

Fotocomposición:

Sal Terrae - Santander

Impresión y encuadernación:

Grafo, S.A. - Bilbao

# Índice

<i>Presentación</i> . . . . .	7
-------------------------------	---

PRIMERA PARTE:  
EL ENCUENTRO PERSONAL CON CRISTO  
EN LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

<b>1. La adhesión a Jesucristo en los Ejercicios</b> . . . . .	17
Interrogamos a la Biblia. . . . .	20
Interrogamos a la experiencia vivida en los Ejercicios . . . . .	22
Interrogamos a la naturaleza de los Ejercicios . . . . .	30
<b>2. La búsqueda de la propia vocación en el seguimiento de Cristo</b> . . . . .	35
Las meditaciones programáticas . . . . .	40
Las meditaciones de los misterios de la vida de Jesús . . . . .	47
Reglas para elegir forma de vida . . . . .	49
Los destinatarios de estas meditaciones . . . . .	51

SEGUNDA PARTE:  
LA PARTICIPACIÓN  
EN EL MISTERIO PASCUAL DE CRISTO,  
SEGÚN LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

<b>3. El encuentro con Cristo doliente y la participación del cristiano en la pasión del mundo</b> . . . . .	59
Dificultades de la meditación de la pasión: doble vía de acceso . . . . .	60
El Evangelio según san Lucas: dos tiempos en la educación del discípulo . . . . .	63

La pasión según san Juan. . . . .	67
La pasión del mundo . . . . .	70
Cristo y la pasión del mundo . . . . .	72
El ser humano y la pasión del mundo. . . . .	74
La participación del cristiano en la pasión de Cristo y del mundo, en la oración y en la vida . . . . .	75
<b>4. El mensaje del Resucitado para el cristiano   que vive el sufrimiento del mundo . . . . .</b>	<b>81</b>
Centralidad del Resucitado . . . . .	81
El dilema. . . . .	83
La consolación del Señor según el Nuevo Testamento . . . . .	85
Consolación y cambio de las situaciones . . . . .	89
Resurrección y construcción de la nueva humanidad. . . . .	91

## *Presentación*

La exhortación apostólica *Christifideles Laici* describe la situación del mundo y de la humanidad, en el umbral del tercer milenio, como marcada por un pluralismo de humanismos contrapuestos que produce una sociedad fragmentada. Y concreta en los binomios secularismo/necesidad religiosa (n. 4), dignidad de la persona humana oprimida/exaltada (n. 5) y conflictividad/paz (n. 6) las claves de una lectura planetaria de las principales tensiones sociales que mejor caracterizan esta hora magnífica y dramática de la historia.

Ante este panorama, todos —pastores y fieles, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos, individuos y comunidades— estamos llamados, ante todo, a rehacer el tejido cristiano de las comunidades eclesiales como condición necesaria para revitalizar lo cristiano en la sociedad humana. El objetivo de esta «nueva evangelización» es la formación de comunidades eclesiales maduras, en las que la fe libere y haga realidad todo su primigenio significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con él, de existencia vivida en la caridad y el servicio (cf. *Christifideles Laici*, n. 34).

Empresa tan amplia y exigente ha de tener su punto de partida en el corazón de cada creyente. Pero es verdad que el mismo corazón está condi-

cionado en parte por situaciones externas al ser humano, que por eso se siente con frecuencia inseguro con respecto al sentido de la vida y dominado por la duda, que unas veces le lleva a la desesperación, y otras —más frecuentemente— al indiferentismo. Pero cuando tiene el coraje de afrontar los interrogantes más serios de la existencia humana, como el sentido de la vida, del sufrimiento y de la muerte, no puede dejar de hacer suya la verdad que clamaba san Agustín:

«Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti».

A esta inquietud, sin embargo, le cuesta mucho llegar al reposo definitivo. La fragmentariedad que llevamos en nuestro interior, causa y efecto de la que se da fuera de nosotros, nos retrasa el logro de la meta final, hasta el punto de que a menudo la situación de los discípulos de Emaús es la misma que vive cada cristiano individualmente y cada comunidad.

Por otra parte, esa misma fragmentariedad impulsa al corazón a la búsqueda de una unidad interior que dé pleno sentido al conjunto de nuestra vida, que le proporcione una paz verdadera. Pero ¿qué es lo que consigue sosegar el corazón del hombre? Un gran maestro espiritual del siglo XVII, el jesuita P. Lallemant, en su obra titulada *Doctrina espiritual*, encabeza así el Primer Principio:

«Sentimos en el corazón un vacío que todas las criaturas juntas no son capaces de llenar. Sólo puede ser colmado por el Señor, nuestro principio y nuestro fin. La posesión de Dios llena este vacío y nos hace felices; la privación de Dios, en cambio, lo deja intacto y nos hace infelices».

Sólo existen dos posibilidades. Si depositamos nuestra confianza en valores efímeros o, peor aún, en las cosas, la paz instantánea que ello nos proporciona no tardará en mostrar su carácter engañoso, acercándonos cada vez más a la desilusión y a la desesperación. El cristiano sabe que sólo en Jesús se hace presente el Absoluto en lo contingente, que sólo en él todas las demás realidades adquieren su justo equilibrio.

Pero tenemos que reconocer que no basta con «saber» estas verdades a las que nos adherimos sinceramente, sino que hay que pasar de una adhesión sincera a una adhesión auténtica, capaz de hacernos superar todas aquellas metas que, aun siendo necesarias, son, sin embargo, parciales en el camino de la fe, y que nuestra fragmentariedad las convierte fácilmente en definitivas.

Sólo aquella sana inquietud, si la escuchamos y la secundamos, puede desvelárnoslas en su limitación, abriéndonos cada vez más a la acción de la Gracia, hasta encontrar en Cristo muerto y resucitado la primera y última raíz de nuestra fe. Sólo ella es capaz de hacernos pasar a cada uno de nosotros, de «saber» las verdades de fe, a «sentirlas» como absolutamente verdaderas. Sólo una adhesión radical, en el sentido indicado, puede satisfacer las exigencias más profundas del corazón humano.

Cómo pasar de una adhesión sincera a una adhesión auténtica es, por tanto, un punto tan delicado como necesario de afrontar. A lo largo de su historia, la Iglesia ha recibido del Espíritu Santo multitud de medios capaces de guiar a las personas en ese momento tan crucial. Uno de ellos son los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio de Loyola.

Quien conoce los *Ejercicios Espirituales*, porque los hace o porque los da, sabe que no son un curso genérico de actualización ni un «retiro» ni un tiempo de «desierto» ni una «convivencia»... ni siquiera, como hoy suele llamárselos, uno de tantos «Tiempos del Espíritu». El nombre de «Ejercicios Espirituales», según el significado genuino dado por san Ignacio de Loyola, expresa un modo práctico, con unos tiempos y unos métodos particulares, de ejercitarse para experimentar la acción y el modo de proceder del Espíritu de Dios y el arte de secundarlos en la propia vida.

Este libro recoge cuatro comunicaciones presentadas por el cardenal Carlo Maria Martini con ocasión de dos asambleas de la Federación Italiana de Ejercicios Espirituales. Sabemos que en la historia de la espiritualidad, y especialmente en la praxis cristiana, san Ignacio puede ser considerado con justicia como maestro del espíritu, porque con sus *Ejercicios Espirituales* da un giro decisivo no sólo en el campo de la espiritualidad dentro de la Iglesia Católica, sino que también ha tenido su influjo entre los Ortodoxos (cf. Nicodemo l'Agiorita) y los Anglicanos (cf. W.H. Longridge).

Creemos, por otra parte, que presentar hoy temas como «La adhesión a Jesucristo en los Ejercicios Espirituales», «La búsqueda de la propia vocación en el seguimiento de Cristo», «El encuentro con Cristo doliente y la participación del cristiano en la pasión del mundo», «El mensaje del Resucitado para el cristiano que vive el sufrimiento del mundo»... constituye una contribución valiosa, por necesaria, para la vida actual de la Iglesia. La centralidad de los contenidos, tratados con la competencia y la sensibilidad propias del Autor, sobradamente conocidas, se suma a la

presentación perspicaz y sistemática de la dinámica objetiva de un «método» —los *Ejercicios Espirituales*—, teniendo en cuenta sobre todo a quien los hace.

Este libro no es un curso sobre los Ejercicios, sino que más bien presenta la «clave de interpretación» de los mismos. Jesús, y en especial su muerte y resurrección, es el centro de los Ejercicios, cuya auténtica naturaleza reside en «cómo» se realiza el encuentro personal con Jesús.

En los textos de teología y de ascética se insiste, por lo general, en la experiencia de la participación en el sufrimiento, de la inmersión en la muerte, o bien en la alegría, en el cristianismo como vida. Pero cómo se vinculan entre sí y cómo van unidos estos dos aspectos, es un problema dramático. El Autor se pregunta cómo llegar a sentir la experiencia de la Resurrección de Jesús a través del Espíritu Santo, no eludiendo la pasión, sino a través de la muerte de Cristo. Se pregunta también: ¿Qué significa en el mundo de hoy pasar a través de la muerte de Cristo? ¿De qué forma esta pasión del mundo, en la que Jesús se dejó envolver, debe convertirse en el modo de introducir un cambio en la realidad que no sea sólo un intento de mejorar situaciones secundarias, sino que vaya a la raíz de las cosas, de porqué el mundo muere, en vez de vivir? ¿Cómo ayudan los Ejercicios a responder a estas preguntas?

El Autor se mueve con singular maestría entre la Palabra de Dios y los Ejercicios y nos hace comprender que para hacerlos bien no basta con un conocimiento científico de la Biblia. Hay que conocer por experiencia directa la acción del Espíritu Santo y sus infinitas modalidades de pre-

sencia en el corazón de las personas. Estamos, por tanto, no sólo ante un asunto racional y teológico, sino también ante un nuevo género de teología que puede definirse como «Teología de la experiencia cristiana», pero espiritual.

Los Ejercicios se muestran, pues, como un instrumento capaz de proponer no sólo un camino evangélico riguroso del que se puede salir transformado, sino también, si se hacen correctamente, capaz de someter a revisión tanto el propio modo de vivir y de ser como las categorías con que se responde a la llamada de Cristo, creando así una visión más radicalmente libre del mundo y de las circunstancias de la elección. De ahí pueden surgir sucesivamente aquellas originales mediaciones culturales cristianas que no se contentan fácilmente con lo que la sociedad tiene ya dispuesto y aceptado.

También los riesgos son muchos. Si, en los Ejercicios, la persona sólo pone empeño en oír lo que se va meditando, si lo encuentra hermoso e interesante, si reza algo más de lo habitual..., pero no se decide a cambiar en orden a una verdadera conversión, saldrá de ellos con las mismas ideas, más o menos con las que entró; porque es increíble la capacidad que tenemos de asimilar para nuestro propio uso y consumo hasta las mejores cosas tomando como conclusiones posturas ya preconcebidas. Se ha recibido el Bautismo, pero éste no ha entrado todavía en circulación con todas sus virtualidades.

Es frecuente que los sucesivos Ejercicios Espirituales que vamos haciendo nos vayan conduciendo, paso a paso, a la apertura correcta, haciéndonos comprender que no somos libres y

que ofrecemos resistencias. Sólo mediante repetidos intentos, la Palabra de Dios nos vence e irrumpe en nosotros, pero sólo hasta donde nosotros se lo permitimos. Si la Palabra de Dios rompe algo en nosotros y si ponemos empeño en que a esa experiencia le sigan de inmediato comportamientos y actuaciones consecuentes, entonces dejaremos espacio al Espíritu, que podrá seguir actuando y vencer progresivamente la resistencia invencible de nuestros hábitos.

Ciertamente, estar disponibles significa estar dispuestos a dejarse impactar por las circunstancias. En el fondo, sólo hay una elección realmente inequívoca: la muerte; todas las demás se pueden falsificar. Por eso la aceptación de la cruz que nace de las circunstancias es la verificación de la fe auténtica. Naturalmente, eso nadie lo elige, sino que es fruto de las circunstancias; porque, si fuera algo elegido, podría ser, una vez más, un acto de afirmación propia para buscar un éxito personal, del tipo que fuera.

La adhesión auténtica a la vida de Cristo modifica la existencia de las personas, como le sucede al árbol que se arranca de la tierra donde hunde sus raíces, para trasplantarlo a otra tierra. Todas sus ramas y sus hojas tienen otro destino y quedan sometidas a las consecuencias de otro clima. De la misma manera, Cristo cambia también el clima de la existencia.

Pero el ser humano, llamado a una nueva evangelización en este umbral del tercer milenio, ¿es capaz de dejarse erradicar para vivir en otro clima? Los *Ejercicios Espirituales* pueden ayudar, y de hecho ayudan, a realizar ese trasplante y a vivir la vida nueva en el «Seguimiento de Cristo».

EL EDITOR



## Primera Parte

---

# El encuentro personal con Cristo en los Ejercicios Espirituales

«...demandar conocimiento interno del Señor,  
que por mí se ha hecho hombre,  
para que más le ame y le siga»  
*(EE 104)*



## La adhesión a Jesucristo en los Ejercicios

La reflexión que me ha sido encomendada —*La adhesión a Jesucristo en los Ejercicios*—, al referirse a un tema central del cristianismo y de la teología, suscita una serie de problemas muy diversos. Recuerdo, a modo de indicación, algunas líneas que podrían seguirse en la reflexión, según acentuaciones e intereses:

a) La línea, por así decir, «psicológico-ascética», que es la que se siguió principalmente en los años anteriores al Concilio. Sus preguntas fundamentales serían las siguientes: ¿Qué significa el encuentro con Cristo en la experiencia personal del creyente? ¿En qué sentido puede hablarse de encuentro personal con Alguien que no es visible a los ojos y no está presente en carne y hueso? En consecuencia, ¿hasta qué punto la analogía del encuentro personal, que está tomada de la experiencia cotidiana, vale para la relación con Cristo? ¿Cómo se produce este encuentro y de qué forma lo llevan a cabo la oración y la meditación?

b) La línea más puramente «teológico-exegética». En este caso, las preguntas a las que habría que responder serían de este tipo:

\* ¿Qué uso se hace de la cristología en las meditaciones de los Ejercicios? ¿De qué forma entra en ellas el tema cristológico más

debatido hoy, a saber, cómo Jesús, hombre humilde y pobre, aparentemente al margen de la historia humana, es el Cristo Hijo de Dios, esperanza de toda la humanidad y actor determinante de la historia? Este tema fundamental, «Jesús de Nazaret es el Cristo Hijo de Dios», ¿cómo se integra en la experiencia de quien hace los Ejercicios?

- \* ¿Qué uso hay que hacer de la exégesis moderna al presentar las meditaciones sobre la vida de Jesús? ¿No es quizá esta exégesis un obstáculo para las meditaciones de los Ejercicios, por someter el texto evangélico a una especie de vivisección que dificulta el contacto vivo con la palabra de Dios? Este problema ha sido muy debatido en estos últimos años, aunque actualmente se ha llegado a una valoración equilibrada. Existen libros valiosos (como los de *E. Zedda* y *D. Stanley*) que explican cómo la exégesis moderna, al subrayar la relación entre los Evangelios y las situaciones comunitarias en que nacieron, nos permite leerlos descubriendo en ellos un mensaje para la Iglesia, mensaje que el ejercitante debe llegar a percibir a lo largo de los Ejercicios.

c) La línea «sociológico-ecclesial». La pregunta fundamental sería ésta: ¿Qué significa el encuentro con Cristo en relación con la responsabilidad del cristiano para con el mundo? ¿Cómo evitar el riesgo de configurar ese encuentro de forma tan falsa y alienante que aparte al cristiano de sus obligaciones reales para con los seres humanos? ¿Qué relación existe entre el encuentro con Cristo en la oración y en la meditación y el encuentro con él en

el prójimo? ¿Es una relación de continuidad, de oposición, de diferencia?

Cada una de estas tres líneas constituye por sí sola un programa de trabajo que no es indiferente. Nosotros, con todo, sin olvidar los problemas apuntados, debemos proceder de una forma más práctica. A propósito del encuentro con Cristo, me propongo interrogar, muy sencillamente, a tres realidades diferentes y escuchar con vosotros sus respuestas.

La *primera realidad* es la Biblia. ¿Qué nos dice la Biblia acerca del encuentro con Cristo? En particular, ¿en qué consiste la adhesión a Jesús para el Nuevo Testamento?

La *segunda realidad* es la experiencia vivida en los Ejercicios, tanto la mía personal como la que me han comunicado otras personas a las que he dirigido: ¿De qué forma estimulan los Ejercicios la adhesión a Cristo?

La *tercera realidad* es la naturaleza misma de los Ejercicios, considerados tanto en su definición («*experiencia fuerte de la Palabra que conduce a convertirse y entregarse a Cristo y a la Iglesia en las circunstancias concretas*») como en un ejemplo concreto de su desarrollo, el que aparece en el libro de los Ejercicios de san Ignacio. ¿De qué forma los Ejercicios, tal como son definidos y tal como aparecen en el ejemplo concreto que nos ofrece san Ignacio, conducen al encuentro con Cristo y lo realizan?

Éstas son las realidades que me servirán de pauta para esquematizar lo que pienso deciros. Vamos a interrogar a la Biblia, a la experiencia y,

por último, a los propios Ejercicios, sin olvidar tener presente a un cuarto interlocutor, que es la vida, la vida cotidiana de la Iglesia y del mundo. ¿Qué clase de problemas hace brotar la vida como más urgentes hoy, al hablar del encuentro con Cristo en los Ejercicios?

## **Interrogamos a la Biblia**

Me limito a dos textos del Nuevo Testamento que resumen otros muchos. *1 Cor 6,17*: «El que se une al Señor forma con él un solo espíritu». Es interesante considerar esta cita sobre el telón de fondo realista del capítulo 6, que habla de la prostitución. Pablo dice al cristiano: no debes unirte a la prostituta, porque quien se une a ella forma un solo cuerpo con ella. Pero el cristiano está unido a Cristo, se adhiere a Cristo y es un solo espíritu con él.

La adhesión a Cristo hace del cristiano un solo espíritu con el Señor. La Biblia, con la expresión «un solo espíritu con él», describe esa rica fusión de mente, de afecto y de vida, esa amistad tan radical con Cristo que hace que la persona se convierta como en un único principio activo con él.

El Espíritu, en la Biblia, es el principio activo de santificación. Quien se adhiere a Cristo se hace de tal manera uno con él, en el afecto, en el pensamiento, en el sentimiento e incluso en el poder de transformación, que se convierte con él como en un único organismo vital, según lo indica Pablo en otro pasaje (*Gal 2,20*): «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí». Éste es, por tanto, el ideal de la adhesión a Cristo: ser un solo espíritu con él. Éste es también el objetivo final de los Ejercicios.

El segundo texto es *Flp 3,9-11*. Pablo expone la aspiración que le ha llevado a despreciar hasta su honor de fariseo educado en la ley: «Incorporarme a él, no por tener la propia rectitud que concede la Ley, sino la que viene por la fe en el Mesías, la rectitud que Dios concede como respuesta a la fe. Quiero así tomar conciencia de su persona, de la potencia de su resurrección y de la solidaridad con sus sufrimientos, reproduciendo en mí su muerte para ver de alcanzar como sea la Resurrección de entre los muertos». En este texto se describe, con más amplitud y siguiendo una serie de pasos sucesivos, el significado de la adhesión a Jesucristo. Ante todo, es renunciar a la justificación propia para revestirse de la de Jesús.

Podemos incluir aquí el tema de la conversión (o de la primera semana de los Ejercicios), es decir, el paso por el que el ser humano, renunciando a fiarse de sí mismo y reconociendo su propio pecado, se deja transformar por la justicia santificante y salvadora de Dios en el sacramento de la penitencia, en la reconciliación y en el cambio de vida.

Pablo añade a esto el momento de la identificación específica y directa con los misterios de Cristo, y en especial con la participación en sus sufrimientos, para alcanzar la resurrección con él. Nuestra identificación con Cristo pasa por los «misterios», y en particular por la pasión y muerte, para llegar con él a la resurrección. La adhesión a Jesucristo se obtiene de forma definitiva en la resurrección final. Todos nosotros estamos llamados, como dice san Pablo, «a reproducir los rasgos de su Hijo» (*Rom 8,29*). El encuentro definitivo con Cristo es el que se produce al resucitar con él y ser, con él, hijos en la gloria.

Dejándonos moldear por su poder de Resucitado, llegamos a asumir con él aquella identidad de mentalidad y de vida que manifestará en la resurrección final la gloria definitiva del Hijo de Dios, que se reflejará en nosotros como hijos con él.

Aplicando estos conceptos a la experiencia, se podría afirmar que el encuentro personal con Cristo significa salir de la preocupación por nosotros mismos y por nuestro propio prestigio, así como de la suficiencia que nos hace creernos capaces de realizar nuestro propio perfeccionamiento y el del mundo (abandonar también, por consiguiente, una cierta altanería de tipo político), para entrar en comunión con los misterios de Jesús, particularmente con su muerte y resurrección, y encontrarnos con que participamos con él de su capacidad de entrega en favor del mundo.

Alcanzar este ideal de encuentro, a través de la participación en los misterios de Jesús, es el objetivo de la segunda parte de cualquier proceso de Ejercicios: en lenguaje ignaciano, de la segunda, tercera y cuarta semanas.

### **Interrogamos a la experiencia vivida en los Ejercicios**

Al determinar el punto de vista bíblico sobre el significado del encuentro personal con Cristo, nos hemos quedado, evidentemente, en una temática muy general. Toda la vida cristiana, a partir del bautismo, tiende efectivamente a este encuentro personal con Cristo, lo realiza en los sacramentos y lo pone por obra en todo el camino de fe y de oración; y, en el año litúrgico, hace que el cristia-

no pase a través de la experiencia de los misterios de Jesús.

Nuestro objetivo es preguntarnos más concretamente: ¿De qué forma los Ejercicios, que son uno de los muchos medios de santificación que existen en la Iglesia, estimulan esa adhesión a Cristo? ¿Qué modalidad especial de adhesión a Cristo y de encuentro con él subrayan los Ejercicios?

Todos nosotros, si hemos hecho los Ejercicios, sabemos que su eje central es Jesucristo, y que deben conducir al ejercitante a una adhesión a él más viva e intensa; ahora debemos intentar ver cómo sucede esto.

Una respuesta más precisa la buscamos *en la experiencia* vivida en los Ejercicios, ya sea en nuestra experiencia concreta o en la que otros nos han dado a conocer.

Si interrogo a estas experiencias, percibo una pluralidad de situaciones y de acentos.

En el encuentro con Cristo durante los Ejercicios, cada uno de nosotros descubre que ha pasado, en efecto, por diversas interpretaciones de la adhesión a Jesús. Situándolas en una cierta línea ascendente, les doy el nombre de a) ascética, b) mística, c) en clave de elección, d) en clave política, y e) en clave «pneumática».

#### a) *Interpretación ascética*

Comenzamos por el primer modo de entender la adhesión a Cristo en los Ejercicios: la línea «ascética».

Las meditaciones de la vida oculta de Jesús (nacimiento, Nazaret, Jesús en el templo) y las meditaciones de la vida pública (bautismo, milagros, etc.) presentan, sobre todo, las virtudes de Jesús. De ahí que la adhesión a Cristo, el encuentro con Cristo, se especifique como *imitación de sus virtudes*. Por ejemplo, al contemplar a Jesús en Nazaret, se nos induce a fijar la atención en Jesús que obedece, trabaja y vive en la oscuridad. El ejercitante reflexiona sobre sí mismo y concluye: también yo estoy llamado a una cierta obediencia, a santificarme en mi trabajo y a aceptar algún tipo de vida oculta.

Cuando se medita en Jesús predicando el sermón del monte, se considera con admiración su celo, su valentía en hablar con libertad, incluso frente a quien le puede interpretar erróneamente, incluso frente a sus enemigos. En consecuencia, la adhesión a Cristo cobra el sentido de imitar su celo, su valentía o el espíritu de pobreza que él practicó.

La interpretación ascética recoge, pues, los valores que constituyen el cuadro multicolor de las virtudes de la vida cristiana.

#### b) *Interpretación mística*

La interpretación ascética, por la que todos de alguna manera hemos pasado o debemos pasar, es un peldaño fundamental para procurar el encuentro con Cristo en los Ejercicios.

Existe un segundo peldaño, sin embargo, no necesariamente posterior al primero, que tiene, como vamos a ver, acentos y matices bastante diferentes. Lo he llamado «interpretación mística».

Con el término «mística» no me refiero a estadios especiales de conocimiento de los misterios de Dios, sino a una cierta pasividad en la oración. El ejercitante, al contemplar a Jesús en Nazaret, en su presentación en el Templo o actuando junto al lago, no se preocupa tanto de individualizar los comportamientos virtuosos de Jesús para hacerlos suyos, sino que más bien se deja invadir, en su oración, por la persona de Jesús, por su luminosidad, por todo cuanto él irradia.

Tenemos, pues, una *contemplación de los misterios* en la que adoptamos la actitud que tan magistralmente exponía el santo Cura de Ars hablando de un campesino que al atardecer iba a la iglesia y permanecía delante del sagrario largo tiempo. Al preguntarle qué hacía, contestó: «Yo le miro y él me mira». Es la postura de la oración contemplativa. La vida de Jesús y sus misterios son considerados con una mirada general y penetran en nosotros como algo que, sin razonamiento y sin demasiada reflexión, nos transforma.

Esta clase de contemplación, tanto al dar como al hacer los Ejercicios, puede ir más lejos: hasta ver en Jesús al revelador del Padre, contemplar en él la revelación de Dios y de la Trinidad y experimentar en la oración, incluso por largo tiempo, un sentido misterioso, pero real, de presencia ante la Trinidad que salva al mundo. Meditando, por ejemplo, en el nacimiento de Jesús, en lugar de detenernos en los ejemplos de pobreza y de humildad que nos da, contemplamos en Jesús al que el Padre nos regala; Dios se nos revela entonces como amor que nos invita a entrar en la corriente de amor que da origen al mundo, a la creación y a la salvación.

### c) *Interpretación en clave de elección*

De ordinario, a este tipo de contemplación le sigue un tercer momento que he llamado interpretación «en clave de elección». En el libro de los Ejercicios de san Ignacio, una parte de la segunda semana está dedicada a los misterios de Jesús, pero otra gran parte de ella está dedicada a las reglas para elegir estado y para las decisiones importantes de la vida.

Se toma conciencia, así, de que meditar en Jesús no sólo tiene la finalidad de imitar tal o cual virtud o de dejarse invadir por él sin que de ello se siga nada concreto. La entrada de Jesús en nosotros determina nuestras decisiones. En consecuencia, todas las meditaciones de la vida de Jesús se interpretan en clave de elección.

Hacemos los Ejercicios no sólo para estar con el Señor, sino también para examinar con lucidez y claridad las raíces evangélicas de la vida que estamos viviendo, para preguntarnos si nuestra vida es de verdad conforme al Evangelio. Hay personas que, a través de estas meditaciones, llegan incluso a dar un vuelco a su modo de actuar, a cambiar de profesión, a modificar sus compromisos, porque se sienten llamadas evangélicamente a un mayor servicio.

Nos encontramos en un grado mucho más avanzado que el de la conversión inicial. El problema ya no es salir del pecado grave, sino cómo debe enfocarse una vida iluminada por el Evangelio. Quien todavía tiene que elegir su estado de vida, e incluso quien ya lo ha elegido, se hace esta pregunta: ¿De qué forma enraizaré mi elección no en el interés, no en la ambición, ni

siquiera en el mero deseo de prosperar socialmente, sino en una perspectiva evangélica? La persona se deja cuestionar por la vida de Jesús al meditar sus opciones: ser pobre, servir, prescindir del prestigio personal, ponerse del lado de los marginados o alejados. Y se pregunta: ¿Qué clase de vida me pide el Señor que ponga en práctica?

Dentro de esta perspectiva, las meditaciones asumen un tono y un matiz diferentes. No se trata de contentarse con salir de los Ejercicios con una serie de compromisos externos distintos y con unos cuantos propósitos, como dedicar más tiempo a la reflexión y a la oración, ser más delicado con los demás, ser menos impaciente. Tampoco se trata de salir de los Ejercicios lleno de sentimientos religiosos y de devoción. Se trata, por el contrario, de *hacer un elección radical*. Al meditar, entonces, en el nacimiento de Jesús, se reflexionará sobre lo que Jesús eligió hacer, entre otras muchas posibilidades, y sobre cómo esa elección suya puede iluminar las mías.

#### d) *Interpretación en clave política*

Hoy vemos aflorar una cuarta interpretación, al menos, como interrogante. Es una interpretación en clave de elección referida a mi responsabilidad para con la sociedad, o sea, en clave de elección «política». El ejercitante puede preguntarse cómo las opciones de Jesús son transformadoras de la sociedad y no sólo orientadas a mejorar tal o cual detalle concreto. De este modo, pone en tela de juicio no tanto su vida privada, cuanto todo el ambiente circundante al que él no tiene necesariamente que adaptarse limitándose a mejorar sus

prestaciones personales, su conciencia social y su bondad personal.

Se pone en cuestión el mismo ambiente social, para ver la forma de cambiarlo. Las meditaciones sobre la vida de Jesús sacan, pues, a la persona fuera de sí misma y la ponen frente a sus responsabilidades políticas; es decir, la afectan en cuanto que se ve llamada a actuar sobre las estructuras del ambiente que la circunda.

### e) *Interpretación en clave «pneumática»*

La última interpretación, que se superpone a las anteriores y las completa, es la que se hace en clave «espiritual o pneumática». La llamo «espiritual» no en oposición a material, sino para indicar lo que sucede en la persona que se ejercita en la meditación sobre la vida de Jesús *experimentando al Espíritu*.

El ejercitante siente que está llamado a hacer elecciones decisivas para sí y para la sociedad, pero al mismo tiempo es consciente de su incapacidad; experimenta su debilidad y su fragilidad, sobre todo para llevarlas a cabo. Se abre entonces a una meditación en clave espiritual o pneumática que retoma las interpretaciones anteriores en un nivel superior. Es un nivel que le lleva a sumergirse en la oración convencido de que el Espíritu de Cristo, que se hace presente en esas meditaciones, es capaz de ayudarle a hacer opciones radicales y definitivas y de conducir a la humanidad a elecciones llenas de novedad. Se confía, por tanto, a la potencia que actúa en la vida y en las decisiones de Jesús, para que en oración prolongada actúe en él, lo transforme y lo lleve a la acción.

Una vez que hemos analizado estos cinco tipos de experiencia, el problema que se plantea se concreta así: ¿Cómo esas diversas experiencias se ordenan con suficiente unidad? ¿Cómo puede evitar quien da los Ejercicios que el ejercitante se mantenga encerrado en una sola de estas perspectivas? ¿Cómo puede conducirlo a la plenitud de la experiencia de Cristo?

Insisto en esto, porque me parece que en la actualidad se contraponen dos interpretaciones diferentes de los Ejercicios Espirituales.

Una subraya, ante todo, los aspectos intimistas (los Ejercicios Espirituales están destinados a favorecer un encuentro con Cristo en el corazón del ejercitante). La otra da preferencia a los aspectos extrínsecos (los Ejercicios Espirituales están orientados a un encuentro con Cristo que induzca a un compromiso en el mundo para la renovación de las estructuras; a un compromiso, por consiguiente, genéricamente político).

Para la primera interpretación, los Ejercicios se desarrollan en lo íntimo de la conciencia y deben ser políticamente neutrales; el compromiso concreto sólo viene después y se materializa una vez que se ha llevado a término el trabajo de identificación con Jesús.

Para la segunda, en cambio, hay que presentar a Jesús como el que lucha y muere por la justicia, como el amigo verdadero de los oprimidos, que nos impulsa enseguida a hacer lo mismo. Los Ejercicios, entonces, tendrían como objetivo sembrar el germen de la revolución cristiana, hacer tomar conciencia a quien los hace de la carga revolucionaria del Evangelio. Las meditaciones sobre la vida de Jesús tenderían a hacer emerger en el

ejercitante, en su confrontación con la actividad nada convencional de Jesús, las energías de cambio social que todavía están latentes en él.

## **Interrogamos a la naturaleza de los Ejercicios**

La experiencia, con los diversos momentos por los que nos hace pasar, plantea cada vez con mayor fuerza la pregunta sobre la naturaleza de los Ejercicios y sobre el modo como deben hacerse realmente para que desplieguen toda su potencialidad y no sean, por el contrario, canalizados de forma unilateral, sólo en un sentido o en el contrario.

La respuesta no es fácil. En primer lugar, por las reacciones emotivas que provoca: en efecto, al hablar de estos temas, inmediatamente nos sentimos afectados y conmocionados. También es difícil por los muchos problemas que entraña (relación entre fe e historia, promoción de la fe y de la justicia, evangelización y promoción humana).

Si leemos todo lo que en los últimos años se ha escrito sobre esto en la Iglesia, vemos que las ideas no están todavía muy claras y que cada cual se decanta por la interpretación a la que se inclina su corazón.

Es importante, por tanto, que nosotros, aunque no podamos dar una respuesta plenamente satisfactoria y definitiva, intentemos preguntar a los mismos Ejercicios, ya sea en su definición, ya sea, sobre todo, en el modo práctico de su desarrollo, para ver si nos permiten dar alguna respuesta más específica a la pregunta: ¿Cómo se considera y se busca la adhesión a Jesús que proponen los Ejercicios y de qué tipo de adhesión se trata?

Para ello tomamos como punto de partida la definición de los Ejercicios ya mencionada al comienzo: *una experiencia fuerte de Dios en un clima de escucha de la Palabra, que conduce a convertirse y entregarse totalmente a Cristo y a la Iglesia en las circunstancias concretas actuales.* Nos preguntamos: ¿De qué modo entra la adhesión a Cristo en esta definición y encuentra en ella una clarificación y una especificación? En dos momentos principalmente: en la entrega total a Cristo, que puede interpretarse de diferentes formas, según las diversas experiencias que hemos recordado, y en el tema de la escucha de la Palabra.

¿Cuál es la palabra que se escucha en los Ejercicios Espirituales? La palabra pronunciada en el Antiguo y en el Nuevo Testamento por los profetas y por los apóstoles. Es decir, la palabra de la Biblia, la palabra proclamada en la predicación de la Iglesia y en la liturgia. Pero todas estas palabras adquieren significado por ser palabras que se refieren a la Palabra de Dios por excelencia, al Verbo, y al Verbo de Dios encarnado, es decir, a la persona histórica de Jesucristo como revelador del Padre y Salvador de la humanidad. Jesús es la Palabra esencial a la que los Ejercicios hacen referencia; Jesús, Palabra fundamental del Padre.

El Padre nos ha comunicado a Cristo, y sólo en él tenemos la verdad como manifestación del Padre y como manifestación del sentido de la historia y del mundo. Así lo expresaba Pablo VI en el mensaje de Navidad de 1975: «Nuestra concepción del ser humano encuentra en Cristo la única clave de interpretación». Los Ejercicios conducen a un encuentro con Cristo que no sólo es la Palabra definitiva que revela al Padre, sino también la

Palabra definitiva sobre el ser humano, es decir, la medida para todas las acciones y elecciones de la humanidad.

En los Ejercicios hay que escuchar también los signos de los tiempos, las situaciones concretas, las exigencias y los movimientos de la historia; pero muchas veces estas realidades no se suelen oír tamizadas por una visión crítica que las someta a la persona de Jesús como norma última del ser humano. Ahora bien, quien en los Ejercicios no llega a convertirse de corazón, plenamente, a Jesús como norma definitiva de la humanidad, como el hombre perfecto, como *el único* en quien el ser humano puede entenderse a sí mismo y entender a la sociedad, no recibirá de los Ejercicios más que elementos muy exteriores para su compromiso.

Tal vez que salga de ellos con mayor fervor para una determinada responsabilidad social o política, pero no habrá realizado un verdadero examen crítico de su propia vida a la luz del Evangelio. Esto *sólo* puede llevarse a cabo tomando a Jesús como modelo único y definitivo, como punto de referencia que relativiza todas las demás referencias, capaz de poner en tela de juicio todos los movimientos y todas las ideologías humanas, sean de la tendencia que sean.

La definición de los Ejercicios nos introduce, por tanto, en la actitud correcta del ejercitante, que es la de entrar en los Ejercicios sin ningún afecto, inclinación o prejuicio hacia determinadas formas de compromiso. Por tanto, hay que tener el coraje de remitir a la persona de Jesús la propia vida, toda entera, y la propia visión del mundo y de la historia, también por entero.

¿Qué quiere decir esto concretamente? Podríamos evocar toda la cristología existente sobre este punto. En la cristología moderna hay tratados enteros dedicados a profundizar el tema de Jesús como centro y sentido de la vida humana, manifestación perfecta del Padre y punto definitivo de referencia. Algunos lo abordan analizando los títulos que expresan el misterio de la persona de Jesús: Jesús Hijo del hombre, Siervo de Yahvé, Verbo de Dios, Hijo de Dios. Otros lo hacen examinando los títulos que se refieren más específicamente a la obra de Jesús: Jesús Redentor, Juez universal, Instaurador del Reino mesiánico, Juez escatológico de todas las realidades.

La pregunta puede concretarse aún más: ¿es indiferente la elección que se haga de cualquiera de estos enfoques cristológicos en unos Ejercicios? Para hacer realidad el encuentro con Cristo, propio de los Ejercicios Espirituales, ¿basta con que el ejercitante medite sobre Cristo de *cualquier modo*, sea sobre los misterios de su vida, sea sobre los títulos redentores o esenciales de su persona? Con frecuencia, sin tener bien claro este punto concreto, se habla abundantemente de Cristo en los Ejercicios, pero sin tener presentes los puntos de referencia *más* adecuados para disponer a una verdadera adhesión a él y dejar que él ponga en cuestión la propia vida del ejercitante.

Ciertamente es posible seguir diversas líneas cristológicas y hacer que el ejercitante medite con fruto confrontándolo con el misterio central de la fe: el Hijo de Dios hecho hombre para salvarnos. Pero lo importante es que los Ejercicios no queden reducidos a una simple exposición meditativa de la cristología. Los Ejercicios no son teología meditada, sino un medio para conducir a una entrega total

a Jesucristo. ¿Cuáles son las líneas de interpretación que parecen ajustarse mejor a este fin? Me propongo analizar con vosotros una línea concreta, la de la tradición ignaciana, porque en ella podemos ver un ejemplo de cómo se lleva esto a cabo. Trabajaremos, por tanto, no sobre una teoría, sino sobre un modelo concreto.

## La búsqueda de la propia vocación en el seguimiento de Cristo

Nos hacemos esta pregunta: ¿Cómo hay que meditar en concreto sobre la vida de Jesús para que se favorezca el encuentro con él? Hemos afirmado que toda meditación sobre la vida de Jesús y sobre la cristología en general es apta para llevarnos a conocerle mejor y a seguirle. Pero en la vida de Jesús hay un orden, una sucesión de hechos que es útil respetar para que el encuentro con Cristo ponga al ejercitante más fácilmente frente a sus propias responsabilidades y, en consecuencia, le haga capaz de elegir una misión en el Reino de Dios. Presento a continuación dos notas introductorias, y luego analizaré un ejemplo concreto.

a) La primera se refiere a los diversos niveles de nuestro encuentro con Cristo. Leyendo los Evangelios, se advierte que la vida de Jesús, en un momento determinado, experimenta un vuelco. En los primeros capítulos se habla de la gente que sigue a Jesús con entusiasmo, atraída por sus milagros, por su predicación, por afabilidad con todos y por su capacidad de comprender el corazón del ser humano. Es una primera iniciación, un primer encuentro con Jesús que fructifica en un seguimiento.

Pero después la escena cambia: Jesús comienza a revelar más claramente sus intenciones, lo que

desea y espera de quien le siga. Entonces la gente comienza a dudar y a alejarse de él. Leemos, por ejemplo, en el evangelio de Juan que, después del discurso sobre el pan de vida, muchos de los discípulos de Jesús se retiraron, porque encontraban duro su lenguaje. Y él dice a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?» (*Jn 6,67*). En Marcos, Jesús se retira al norte del lago de Genesaret, llama a los Doce y les pregunta: «¿Quién dice la gente que soy yo?». Pedro responde: «Tú eres el Mesías» (*Mc 8,27.29*). Y partiendo de esta confesión, Jesús comienza a explicar que él tiene que sufrir mucho. Desde este instante, notamos que el entusiasmo contagioso por Jesús va disminuyendo. Sólo un reducido grupo, unas cuantas personas comprenden a fondo lo que Jesús pide y se muestran decididas a seguirle.

Pues bien, también al dar los Ejercicios Espirituales podemos distinguir dos niveles de encuentro con Cristo. Existen modalidades de Ejercicios (sería mejor designarlas con otros nombres: jornadas de retiro, convivencias de iniciación...) que son un primer encuentro, un primer contacto con un cristianismo vivido algo más a fondo, donde se reavivan las exigencias fundamentales de la vida cristiana (la confesión, la eucaristía, la vida de caridad y de servicio a los demás).

Es claro que estas exigencias son en sí mismas de tal naturaleza que exigen un compromiso personal, pero pueden ser propuestas fácilmente a cualquiera, sin provocar por sí mismas dificultades especiales. Llega, sin embargo, un momento en que la persona que desea comprometerse a fondo por una opción cristiana en la sociedad, reconoce que no basta con vivir el cristianismo cumpliendo solamente algunos deberes esenciales, sino que

hay que agarrar el Evangelio, valientemente y con las dos manos, y dejarse cuestionar a fondo por él en todo el ámbito de la vida personal y en el modo de actuar en el mundo.

Este segundo nivel de encuentro con Cristo es el tiempo difícil de las elecciones decisivas. Lo que voy a proponer —entrar en la dinámica evangélica a través de una serie de meditaciones, oraciones y reflexiones— no se orienta tanto a la primera propuesta cuanto a este segundo momento.

Cualquier persona que se entregue a una vida de oración y de sacramentos y a una intensa vida cristiana se ve inevitablemente enfrentada a esta pregunta: «¿Qué exige el Evangelio para ser practicado a fondo? ¿Es suficiente cumplir con fidelidad un conjunto de prácticas y normas, o se requiere un replanteamiento de la vida?». Nace entonces la reflexión sobre la vida de Jesús: en el encuentro con él se hacen aquellas elecciones esenciales y difíciles de la vida que un joven se plantea cuando tiene que decidir sobre la orientación de su propia persona, o cualquier cristiano cuando toma conciencia de que el Evangelio es un mensaje que renueva por completo al ser humano.

b) La segunda nota se refiere a la definición descriptiva de los Ejercicios ya mencionada; la retomamos ahora porque nos servirá para comprender la estructura de las meditaciones que intento proponer. Hemos procurado dejar clara la naturaleza cristológica de una definición de los Ejercicios que los presenta como un tiempo fuerte de experiencia de Dios en un clima de escucha de la Palabra. Ahora quiero tomar como punto de partida una definición que describe los Ejercicios como «una atmósfera, una actividad y un conteni-

do», tres elementos que hay que distinguir cuidadosamente entre sí. Hablaremos específicamente del tercero (el contenido), pero aludiremos, al menos brevemente, a los otros dos.

La *atmósfera* la crea, externamente, el silencio: apartarse de las ocupaciones cotidianas, hacer el silencio posible alrededor de uno y suscitar una cierta disponibilidad en el espíritu. En este clima de distanciamiento y disponibilidad interior se desarrolla la *actividad*, en la que el ejercitante está delante de Dios o, mejor, en la que Dios está con él.

La *actividad* consiste principalmente en la meditación, en la reflexión reposada. Pero no ha de entenderse como mero esfuerzo personal de pensar en algo; se trata más bien de dejarse moldear por Dios. En los Ejercicios, Dios es el más activo, el que nos toma de la mano, el que nos transforma. Nosotros, en las meditaciones, le cedemos el tiempo y el espacio para dejarle actuar en nosotros.

Me viene a la mente un texto de la carta a los Filipenses que he citado para definir lo que es la adhesión a Cristo: «Todo lo tengo por pérdida, en comparación con lo grande que es haber conocido personalmente al Mesías Jesús, mi Señor. Por él perdí todo aquello y lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo e incorporarme a él, no para tener la propia rectitud que concede la Ley, sino la que viene por la fe en el Mesías... Quiero así tomar conciencia de su persona, de la potencia de su resurrección y de la solidaridad con sus sufrimientos, reproduciendo en mí su muerte para ver de alcanzar como sea la resurrección de entre los muertos» (*Flp 3,8-11*). Y prosigue Pablo: «No es

que yo haya alcanzado el premio... sigo corriendo a ver si lo alcanzo, pues el Mesías Jesús lo alcanzó para mí» (v. 12).

Ésta es la actividad fundamental de los Ejercicios: dejarse alcanzar por Cristo, que quiere hacernos suyos. A través del espacio que le damos, le permitimos tomar nuestra vida y configurarla conforme a las exigencias evangélicas. Teniendo presentes estos factores de ambiente y actividad, pasamos a hablar del contenido.

El contenido lo constituyen las meditaciones que el ejercitante es invitado a hacer y que versan sustancialmente sobre la vida de Jesús, su pasión y su resurrección.

¿Cuáles son las líneas interpretativas del misterio de Cristo que nos descubren mejor la fuerza de esas meditaciones? ¿Cómo pueden ser enfocadas de modo que nos lleven a encontrarnos de verdad con Cristo? Para referirme a un ejemplo concreto, me sirvo de la estructura que propone el libro de los Ejercicios de san Ignacio, que la presenta así:

- \* cuatro meditaciones programáticas;
- \* catorce meditaciones sobre los misterios de la vida de Jesús;
- \* reglas para la elección, para las decisiones de la persona.

Analizaremos el contenido de cada una de estas tres partes, para preguntarnos luego por el espíritu que subyace a las mismas.

## **Las meditaciones programáticas**

En primer lugar, nos encontramos con unos Ejercicios programáticos: son cuatro meditaciones. La primera se propone el primer día, al comienzo de la semana dedicada a los misterios de la vida de Jesús; y las otras tres, el cuarto día. Resulta evidente la intención de hacer que se mediten los hechos de la vida de Jesús teniendo en cuenta los principios contenidos en estas meditaciones.

### *1. El llamamiento del Rey (EE 91-98)*

Es la meditación introductoria. San Ignacio la presenta como una parábola orientada a mostrar el papel de Cristo en la historia humana. Cristo es descrito como un líder, un rey empeñado en una lucha decisiva a la que quiere asociar al ejercitante. Este escenario es la premisa para todas las meditaciones sobre la vida de Jesús.

Recientemente ha sido criticada, sobre todo porque Ignacio utiliza la imagen, común en su tiempo, de un rey elegido por Dios que se prepara para una empresa grandiosa. En la actualidad, esta figura sería muy ajena a nuestras categorías mentales y no tendría ningún atractivo. Pero, como otros han notado con acierto, nos encontramos no tanto ante una imagen puramente histórica —un rey que se dispone a realizar una gran empresa— cuanto ante uno de los arquetipos del pensamiento o de la fantasía del ser humano: la búsqueda de un líder, la necesidad de alguien que nos guíe.

La necesidad de alguien que nos ayude a ver con claridad y que nos asocie a él en una empresa importante es un elemento que renace continua-

mente, aunque bajo formas diferentes. Pues bien, Cristo, en el desarrollo actual de la historia humana, se presenta en nombre de Dios para proclamarnos el sentido de la existencia. Según la expresión de la carta a los Hebreos, Dios nos ha entregado su Palabra definitiva en el Hijo (cf. *Heb 1,1-4*).

No debemos ver a Jesús tan sólo como un ejemplo genérico de bondad y de comprensión humana, sino como Dios mismo que nos propone el significado definitivo de la historia y quiere nuestra colaboración para hacerlo realidad. De ahí que las meditaciones de la vida de Jesús sean una invitación a que también nosotros entremos en comunión de vida y de acción con quien nos ha llamado.

Existe además, en esta meditación programática sobre la vida de Jesús, un aspecto que me parece importante: Jesús aparece en el Evangelio como el Dios a nuestro favor, el que es capaz de tomar en sus manos el destino de nuestra vida, porque nos ha creado. Jesús es, por tanto, el Otro por excelencia. Se trata de un concepto importante.

Hoy comprendemos cada vez mejor que el ser humano no se salva cerrándose sobre sí mismo. Cuando un joven llega a cierto grado de madurez, comienza a intuir que la vida no es «posesión», sino «dedicación a los demás». Es una palabra mágica y que despierta energías: trabajar por los demás, servir a los demás, dedicarse a los demás. Contiene una profundísima verdad, incluso filosófica: el ser humano se realiza no acaparando, sino dándose, porque sólo en el otro encuentra su propia realización.

Con todo, se plantea una pregunta dramática: ¿Cómo es posible realizarse en el don al otro si nadie es definitivo, si nadie puede satisfacer plenamente, si nadie puede llenarnos por entero? ¿Cómo puede, entonces, el ser humano colmar de manera satisfactoria su profundo deseo de no cerrarse en su propio egoísmo, sino de abrirse a algo que tenga valor absoluto? Planteadas así las cosas, la meditación programática da sentido a todas las meditaciones sobre la vida de Jesús. Jesús, en medio de nosotros, es el Otro por excelencia, el ser definitivo a quien amar y entregarse. Dándonos a Jesús satisfacemos de manera perfecta nuestro deseo de entrega, y en él, que recapitula a toda la humanidad, nos damos a los demás de forma definitiva.

Mientras que la entrega a una persona finita como nosotros nos limita, nos cierra y, a determinados niveles, puede dejarnos insatisfechos y desilusionados, a través de la relación con Jesús —que es el Otro por excelencia, el distinto a nosotros, el que nos llena, el Dios a nuestro favor, por quien somos creados— podemos ponernos también al servicio del prójimo, en una continua e inagotable capacidad de entrega. Jesús nos es presentado como el que garantiza la genuinidad y frescura de nuestro ser para los demás. Es él quien hace posible que nos renovemos continuamente en nuestro don y que no nos estanquemos ni nos detengamos en el servicio al otro, porque en Jesús hemos encontrado a ese Otro que justifica cualquier servicio. Ninguna acción es inútil ni desilusionante, si está hecha por Cristo que la justifica. Es la revelación formulada por el Evangelio de Mateo: «Cada vez que lo hicisteis con cualquiera de mis más humildes hermanos, lo hicisteis conmigo»

(Mt 25,40). Jesús, pues, resume todo nuestro deseo de realizarnos en el servicio. Y todas las meditaciones sobre su vida deberán hacerse con la conciencia de que él es el Otro en quien yo me realizo, y de que entregándome a él llego al misterio de mí mismo.

Hay otro aspecto en esta meditación introductoria. El dicho de Jesús, «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; en cambio, si muere, da fruto abundante» (Jn 12,24), exige que cada uno de nosotros, para dar fruto real, salga totalmente de sí mismo y se entregue hasta el final. Esta entrega real y verdadera es la que realiza Jesús primero dándose hasta la muerte, y de ese modo la hace posible para cada uno de nosotros. Sólo entregándonos a él tenemos la certeza de salir de nuestro egoísmo, desenmascarándolo hasta el fondo. Sólo él puede darnos la fuerza y la capacidad de realizar un gesto de tal naturaleza. Notad, por tanto, que estamos ante una de esas decisiones de vida cristiana que cuestionan nuestra vida entera, y no simplemente ante un conjunto de buenos propósitos (las misas, la comunión, la confesión asidua).

Las otras meditaciones programáticas, que se hacen después de algunos días de contemplación de la vida de Jesús, tienen como objetivo resumir las tendencias fundamentales de la historia de salvación.

## 2. *La meditación de las dos banderas* (EE 136-147)

Esta meditación quiere conducir al ejercitante a que se pregunte por el significado de los episodios de la vida de Jesús para la historia de la humani-

dad y a que se adhiera a la visión del mundo que se deriva de ellos. Y aquí se produce una gran sorpresa para el ejercitante. ¿Cuáles son las fuerzas fundamentales que están actuando en la historia? Nosotros diríamos que el bien y el mal; y no andaríamos muy equivocados... Pero a estas alturas de la vida de Jesús esas fuerzas son identificadas, de una forma mucho más perfecta, como *posesión* y *expropiación*. Poseer o dar y dejarse expropiar son palabras que a primera vista parecen muy duras; sin embargo, son las que expresan las tendencias fundamentales de la historia de la humanidad.

Por lo demás, en toda la segunda parte del evangelio de Lucas, desde el capítulo 9 en adelante, Jesús insiste en una sola cosa: renunciad al poseer. «Quien no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo» (*Lc 14,33*). En dos parábolas, la de la torre y la de la guerra, Jesús explica que, si uno quiere construir una torre, tiene que contar primero con los medios para terminarla (cf. *Lc 14,28-30*); y si un rey debe ir a la guerra, ha de tener los hombres necesarios para enfrentarse al enemigo (cf. *Lc 14,31*). Y añade: «Lo mismo vosotros: quien no renuncia a todo lo que tiene no puede ser mi discípulo» (*Lc 14,31-33*). Jesús quiere decir: atención, los que queréis seguirme a fondo, los que queréis practicar a fondo el Evangelio, tened presente que llegará un momento en que os veáis enfrentados a la propuesta de renunciar a todo lo que tenéis. Por tanto, edulcoramos los misterios de la vida de Jesús si los meditamos sin ponernos frente a esta alternativa, claramente expuesta en sus palabras.

### 3. *La meditación de tres clases* (*binarios*) de hombres (EE 149-156)

La tercera meditación programática es una reflexión psicológica sobre nuestras connivencias y alianzas secretas con las grandes tensiones que determinan la historia. A través de una parábola, se quiere ayudar a reflexionar sobre la pregunta que Jesús dirigió a los discípulos que le pedían estar cerca de él, a su derecha y a su izquierda: «¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? ¿Podéis ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado dentro de poco?» (cf. *Mc 10,38*).

Si éstas son las mentalidades que determinan la historia, si la ley de la posesión, del guardar todo para sí, y la ley del dar, del renunciar a lo que se tiene, son las dos leyes fundamentales, y el Evangelio se pone claramente de parte de la segunda, el ejercitante se ve invitado a hacerse esta pregunta: ¿lo habré comprendido de veras?, ¿estoy dispuesto?, ¿puedo yo beber este cáliz?...

San Ignacio supone que es difícil entender este lenguaje, del que ya los oyentes de Jesús dijeron: «Es duro» (*Jn 6,60*). También los primeros discípulos se asustaron frente a las exigencias de Jesús, no las comprendieron de inmediato y sintieron la dificultad de integrarlas en sus propias vidas. Los Ejercicios, en este punto, nos invitan a insistir en la oración diciendo: «Señor, llévame adonde Tú quieres; hazme comprender que ser como tú es realmente lo mejor y lo más perfecto; dame la gracia de liberarme del deseo de poseer y de la incapacidad de dar, tan vivos y activos en mí y que son la expresión de mi egoísmo radical». De ese modo

se experimenta la lucha de la oración, el sufrimiento y las dificultades propias de un trabajo de tal envergadura.

#### 4. *Las tres maneras de humildad* (EE 164-168)

El último ejercicio programático es una consideración más general sobre la posibilidad y la amplitud de la opción por Cristo. Se la puede describir con palabras tomadas del evangelio de Lucas (9,44-46), cuando Jesús habla abiertamente a los discípulos, que se admiraban de todo lo que él hacía y se mostraban llenos de cierto entusiasmo exterior por haber seguido a un maestro poderoso, a un maestro que triunfaba y a quien todos seguían. «Tened muy presente estas palabras —les dice Jesús—: el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres». Pero ellos no comprendían estas palabras y tenían miedo de preguntarle sobre ellas». Jesús nos presenta claramente su camino, que es camino de renuncia, de expropiación, de aceptación de la cruz; camino que, a través de la renuncia a la posesión, conduce a la capacidad de estar disponibles para todo lo que Dios pida. Discurso duro y difícil que también puede ser malentendido, pero que es el discurso del Evangelio.

El objetivo de estas meditaciones es ayudarnos a contemplar la vida de Jesús sin perder el tiempo, por así decirlo, en consideraciones devotas, sino confrontándonos a las verdaderas esencias evangélicas. «Si uno quiere ser de los míos y no me prefiere a..., y hasta a sí mismo, no puede ser discípulo mío» (Lc 14,26). Estas palabras nos invitan a preguntarnos cuál es nuestra actitud, cuál es nues-

tra disposición. Si nos sentimos asustados y turbados, quiere decir que estamos en el buen camino, que comenzamos a vernos con claridad. Entonces se abre camino en nosotros la oración al Señor para que nos dé la capacidad de comprender a fondo y llevar a cabo lo que él nos pide.

## **Las meditaciones de los misterios de la vida de Jesús**

Las catorce contemplaciones o meditaciones de la vida del Señor hasta la pasión son: la encarnación; el nacimiento; la presentación en el templo; la huida a Egipto; Jesús en Nazaret; Jesús en el Templo a los doce años; Jesús abandona Nazaret y se va al Jordán para ser bautizado; las tentaciones en el desierto; el llamamiento de los apóstoles; el sermón del monte; Jesús camina sobre las aguas; Jesús predica en el Templo; Jesús resucita a Lázaro; Jesús entra en Jerusalén la semana que precede a su pasión.

Evidentemente, durante los Ejercicios no es posible meditar todo el Evangelio. Hay que seleccionar algunos episodios. Algunos de los criterios que determinan la selección están indicados en la petición que se hace al comenzar cada una de las meditaciones: «Demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga». Otros criterios están relacionados con los valores que esclarecen las meditaciones programáticas.

Los primeros cuatro misterios insisten en la *humildad de Jesús*. Jesús es el Hijo de Dios, que lo poseía todo y que por su dignidad y condición

divina, como dice San Pablo, habría podido considerar como privilegio suyo el ser Hijo de Dios, pero se despojó voluntariamente, se anonadó, se hizo siervo, para asemejarse a nosotros, para ser uno de nosotros.

Las cuatro meditaciones siguientes presentan otras elecciones de Jesús e insisten, sobre todo, en los siguientes aspectos: en Nazaret lleva una vida normal de sumisión a sus padres y a la ley del trabajo diario. En el Templo vive profundamente su obediencia al Padre como obediencia principal y capaz de transformar las decisiones ordinarias de la vida humana. Estas elecciones fundamentales de *obediencia*, y de *obediencia al Padre*, nos muestran primero cómo vive Jesús en Nazaret; y cómo luego abandona el pueblo de su infancia y de su juventud y se va al Jordán para ser bautizado e iniciar su vida pública.

Las siguientes meditaciones (llamada de los Apóstoles, Jesús predicando en el monte y caminando sobre las aguas) nos presentan otros dos aspectos: la humildad de Jesús *que viene a servir a los hombres*, que los sirve concretamente con la palabra, con el don de las curaciones, dedicándose a los más pobres y a los más alejados. *Su poder es ponerse al servicio*; nunca se sirve de él para su propio prestigio, sino que incluso procura mantenerlo oculto.

Meditando en estas coordenadas de la vida pública de Jesús, el ejercitante se hace sensible a las opciones mayores del Evangelio, que son, sobre todo, opciones y decisiones de Jesús de *expropiarse* de lo que tiene para entregarse exclusivamente a nuestro servicio. Así, el encuentro con Jesús se configura necesariamente en una propues-

ta de elegir el servicio. Se comprende cómo Jesús es «Dios con nosotros» manifestando benignidad, condescendencia y amabilidad para con nosotros; nos estimula a entregarnos a él, plenitud de la manifestación divina, pero a la vez nos conduce a afrontar decisiones concretas que no podemos eludir.

¿Debemos imposter nuestra vida en función de las exigencias del dinero, del prestigio y del éxito o en función de las exigencias del servicio? Es el momento de la elección, en el que se presenta concretamente el dilema entre una vida, incluso exteriormente correcta, pero en la que, en el fondo, el objetivo es hacer carrera, obtener el éxito para nosotros mismos o para nuestros allegados, y una vida cuyo punto de partida es el deseo de ser como Cristo, es decir, de servir. Las circunstancias externas podrán seguir siendo las mismas, pero el espíritu cambia: el cristiano ha pasado de un cristianismo de tradición a un cristianismo de opción personal y elección.

## **Reglas para elegir forma de vida**

A estas alturas, los Ejercicios ofrecen unas normas precisas para ayudar a quien está haciendo la elección, previniéndole para no ser arrastrado por el torbellino de los pensamientos. Al leer estas reglas, queda uno impresionado por la siguiente constatación: hasta el momento precedente a la elección, la insistencia es en Jesús y su afinamiento en el servicio y la pobreza, que muestra que los valores del Reino no se viven siguiendo el camino de la posesión y la promoción de uno mismo, sino el camino de la expropiación. Ahora

las reflexiones aluden a las propuestas del «Principio y Fundamento» al comienzo de los Ejercicios: el plan creador de Dios sobre el mundo.

Nos sorprende el contraste. ¿Cómo es posible que, cuando se trataba de asimilar el espíritu de Cristo, se subrayaran las opciones evangélicas de pobreza y de humildad, y ahora, en cambio, se vuelva al plan divino de la creación?

La razón está en que no se quiere pedir a nadie que elija movido solamente por una inclinación sentimental hacia algunas opciones de Jesús. De lo contrario, todos deberían optar por una vida de pobreza itinerante semejante a la de Jesús; apenas existiría elección alguna que hacer si, como cristianos, tuviéramos que imitar a Jesús hasta en su forma externa de vivir. Aquí aparece la importancia de ponerlo todo dentro del plan creador de Dios. No estamos llamados a imitar materialmente a Jesús, de forma mecánica, sino a que cada cual, desde su propia situación, haga su elección responsable, viendo el servicio real que puede prestar al mundo. Es importante realizar una elección responsable, en el ámbito de los innumerables servicios humanos, teniendo presentes los criterios y el espíritu de Jesús, es decir, con la disponibilidad a no apropiarnos del mundo poseyéndolo, sino a insertarnos en él sirviéndole. La elección cristiana es en orden a actuar en nuestro entorno de formas muy diversas, pero siempre con esa tendencia a ver la realidad terrena como el ámbito en el que servir a los demás y del que servirse en favor de todos los demás.

Como decía, no se trata de repasar mentalmente las numerosas escenas de la vida de Jesús, dete-

niéndonos en una o en otra para extraer de ellas sentimientos devotos. Se trata, más bien, de contemplar la vida de Cristo, el Verbo encarnado, de forma que descubramos en ella las fuerzas que le animan, para realizar opciones operativas en el ámbito de esas fuerzas. El objetivo es, ciertamente, aficionarse a Cristo, dejarse afectar por él, adherirse a él como persona, crecer en amor por él; pero, sobre todo, es amar para imitarlo, para captar las líneas de fuerza que mueven su vida e integrarlas en la nuestra.

### **Los destinatarios de estas meditaciones**

A modo de conclusión, presento algunas anotaciones sobre los destinatarios de estas meditaciones que quieren cuestionar la vida por el Reino de Dios, no meramente ayudar a convertirse del pecado. Quien no esté dispuesto a someterse a este cuestionamiento radical de sí mismo, difícilmente comprenderá el sentido de estas meditaciones ni las recibirá como un estímulo para ser mejor ni se planteará elecciones determinantes; a lo más, recibirá alguna ayuda para vivir de forma más ordenada, un poco más atento..., pero no se sentirá cuestionado.

Creo, por tanto, que cuando una persona se prepara para participar en esta clase de ejercicios, debemos preguntarnos siempre si ha alcanzado ya una madurez cristiana suficiente como para abrir los oídos *de par en par* al mensaje del Evangelio. Quizá esa persona está trabajando todavía en aspectos más elementales. El mismo Jesús sólo habló abiertamente en la segunda parte del Evangelio.

¿Qué movimiento suponen estas meditaciones en quien las hace? ¿Cuál es el mundo que el Señor quiere reconquistar? Es un mundo situado bajo el signo de la injusticia. La de Jesús es, por tanto, una reconquista que exige una lucha a fondo contra las raíces de la injusticia del mundo. Estamos frente a una visión dramática de la postura de Cristo, que no viene al mundo sólo para traer la verdad, para iluminar a los seres humanos que, por diversos malentendidos, no habían conocido quién era Dios y que, una vez iluminados, ya son capaces de realizar toda obra buena. Viene a un mundo marcado por la injusticia y el egoísmo, para activar en él fuerzas capaces de transformarlo.

La oposición a esa realidad determina la historia de Jesús desde el comienzo. Él viene a luchar contra las fuerzas del mal. Pero esta lucha *comienza en nosotros mismos*, es decir, comienza poniendo en tela de juicio nuestras radicales connivencias con la injusticia del mundo.

Es fácil y hermoso y está bien visto gritar contra la injusticia ajena; pero es difícil aceptar que existen en nosotros connivencias con la injusticia del mundo. Si no nos decidimos a enfrentarnos a ellas abiertamente, lo único que hará nuestra actividad será encubrir nuestra incoherencia.

Los Ejercicios presentan una visión no lineal de la historia. La historia no aparece en ellos como un avance hacia un progreso ilimitado de la humanidad, como pensaba la Ilustración en el siglo XVIII, sino como una dialéctica de oposiciones; y las meditaciones ignacianas nos descubren la imposibilidad de mantenernos neutrales respecto a los valores que se oponen. O tomamos postura o, de lo contrario, dejamos que nos superen y nos venzan.

¿Qué nombres pueden darse a las tensiones que en su dialéctica construyen la historia humana? El problema es muy delicado, porque, al asignarles nombres, se produce la descarga de sentimientos que a menudo tenemos asociados a esos nombres y a esas visiones de la historia.

La capacidad para aceptar esos nombres varía según el nivel de nuestra cultura teológica y de nuestra madurez cristiana. Propongo por tanto, a «modo de ejemplo», algunas de las tensiones que debemos habituarnos a descubrir.

— A nivel *personal*, hemos hablado de una doble tensión: egoísmo y posesión, contrapuesto a don gratuito.

— A nivel *teológico*, podríamos hablar de una tendencia más amplia, de una contraposición que divide el mundo en dos situaciones: incredulidad y fe. Incredulidad como voluntad de quedarse en uno mismo y centrar todo en uno mismo; y fe como capacidad de fiarse del otro que es Dios. Esta tensión básica divide la historia humana. El hombre está llamado a realizarse sólo en la donación gratuita, es decir, en el fiarse y, por consiguiente, en el creer; pero son muchas más las veces que piensa que se realiza en la incredulidad y en la desconfianza, en el cerrarse sobre sí mismo, en la autosuficiencia.

— A nivel *moral*, hablamos de justicia y de injusticia: justicia como fuerza activa que opera en el mundo y favorece la participación de todos; injusticia como fuerza activa que favorece todo tipo de acumulación y ampara todos los niveles de iniquidad. Obsérvese que volvemos a adentrarnos en lo más vivo de la historia de la sociedad.

— A nivel *social*, se habla de voluntad posesiva, personal o grupal, opuesta a solidaridad y a distribución de los bienes. Aquí tenemos un principio para enjuiciar los movimientos económicos y sociales que intervienen en el mundo.

— A nivel *político*, se trata de una dialéctica que opone la voluntad del dominio en manos de unos pocos a la voluntad de participación y de difusión de las posibilidades de decisión.

— Y por último, a nivel de una *revelación más profunda*, podemos hablar de Cristo como quien condensa en sí la voluntad de justicia, la posibilidad de abandono al Padre, la expropiación de sí mismo, la donación gratuita a los demás, oponiéndose a la fuerza del mal, Satanás, al replegarse en el mal del ser humano deteriorado en sí mismo, en la envidia y en el egoísmo.

Este último nivel podría ser percibido de forma maniquea, y hay que tener cuidado al proponerlo, porque podría ser entendido como si existieran dos fuerzas absolutas, siendo así que Satanás es una realidad histórica. Los otros niveles son más fáciles de captar: incredulidad y fe, justicia e injusticia, voluntad de dominio y de participación, posesión y comunión, egoísmo y don gratuito. Forman un conjunto de fuerzas que debemos aprender a discernir en nuestra vida a través de lo que comporta seguir a Jesús.

¿En qué consiste, por tanto, el encuentro con Jesús? En una visión de su misión reveladora y reconciliadora que nos permite tomar conciencia de la dinámica de las fuerzas que operan tanto en nosotros como a nivel social, económico, político y mundial. Estas fuerzas actúan en todas partes: en

nosotros, en la sociedad civil, en la sociedad eclesiástica, en el partido político, en la escuela..., porque están en el fondo del ser humano, constituyen el drama del ser humano: la posibilidad de salvarse dándose, o de perderse haciéndose centro del cosmos. Pero dichas fuerzas no existen en estado puro, como defendería una visión maniquea de la historia; sino que, como escribe san Agustín desde el primer capítulo de *La Ciudad de Dios*, están incorporadas y fusionadas con las instituciones y con los corazones de las personas.

El seguimiento verdadero de Jesús, el encuentro con Cristo, es aquel que, en un momento determinado, le pone a uno lúcidamente frente a esta pregunta: ¿Qué fuerzas quiero que prevalezcan en mí?

De ahí la importancia fundamental del *discernimiento*, del análisis. La sociedad moderna ha captado muy bien, aunque a menudo lo haya expresado erróneamente, la necesidad de analizar los fenómenos psicológicos, sociales y económicos; el marxismo parte del deseo de analizar a fondo las fuerzas que operan en la sociedad; el psicoanálisis, del deseo de analizar en profundidad los componentes y los conflictos propios de la *psique* humana...

Ya el Nuevo Testamento nos propone la necesidad de lucidez. Jesús viene como fuerza de discernimiento de todas las realidades, de las energías latentes que se desatan en el ser humano y que desencadenan las diversas momentos de la historia. La elección que el Evangelio nos enseña se sitúa, en primer lugar, en el nivel de las personas, y sólo después en el de sus expresiones sociales. Es peligroso dedicarse a hacer verificaciones

sociales del compromiso sin haber verificado la radicalidad de la opción personal por la justicia y de la propia disponibilidad.

Pues ¿cómo puede practicar la justicia quien es injusto en su corazón? ¿Cómo puede construir la paz quien no tiene paz en su corazón? ¿Cómo puede traer la libertad quien en su corazón no es interiormente libre? Son las preguntas esenciales a las que nos enfrenta la persona de Jesús al encontrarnos con él en el Evangelio.

## Segunda Parte

---

### La participación en el misterio pascual de Cristo, según los Ejercicios Espirituales

«...probado en todo igual que nosotros»  
(Heb 4,15)

«...se ha convertido en espíritu que da vida»  
(1 Cor 15,45)



## El encuentro con Cristo doliente y la participación del cristiano en la pasión del mundo

Me dirijo a personas que ya han hecho los Ejercicios Espirituales y pueden entender fácilmente las referencias al libro de san Ignacio.

Deseamos ayudarnos unos a otros a aclarar lo que sucede en nosotros cuando meditamos seriamente la pasión, la muerte y la resurrección del Señor.

Hace poco, me encontraba yo en Jerusalén durante las fiestas de Navidad. Y preguntándome, delante del Calvario y del santo sepulcro, por la relación existente entre los recuerdos allí venerados y los misterios de la encarnación y del nacimiento que la liturgia celebraba en aquellos días, me vino a la mente una indicación de los Ejercicios Espirituales que me parece fundamental para nuestra reflexión. Al proponer la contemplación del nacimiento de Jesús, se dice: «Mirar y considerar lo que (María y José) hacen, así como es el caminar y trabajar, para que el Señor sea nacido en suma pobreza, y al cabo de tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz; y todo esto por mí» (*EE 116*)

Por tanto, el ejercitante es invitado, desde el misterio del nacimiento, a poner su atención en el

misterio definitivo: la Cruz, que revela el amor de Dios hacia mí; un amor que me da vida. Todo lo que meditamos en los Ejercicios Espirituales debe llevar a confrontarnos con los acontecimientos fundamentales de la Cruz y de la Resurrección, pues sólo en ellos se puede percibir el punto final al que tiende toda la vida de Jesús.

### **Dificultades de la meditación de la pasión: doble vía de acceso**

Por otra parte, el misterio de la muerte y la resurrección del Señor modifica, interpela y, de algún modo, escandaliza a nuestra forma ordinaria de concebir la vida y la sociedad. Por eso es tan difícil hablar de él.

Existen, sobre todo, dificultades de carácter teológico. La teología ha estudiado con amor estos temas, elaborando multitud de teorías e iluminándolos desde muy diferentes puntos de vista, pero sin llegar a una síntesis. La pregunta es siempre la misma: ¿Por qué Dios ha salvado al mundo por medio de la cruz? ¿No bastaba la encarnación, no bastaba un acto de amor o una palabra de Jesús, que tienen valor infinito? La respuesta definitiva está sólo en Dios, y nunca conseguiremos clarificar de modo concluyente una realidad tan compleja.

Así pues, detrás de las meditaciones de la muerte y resurrección del Señor, existen problemas teológicos considerables, vinculados, en último análisis, a la dificultad de explicar con palabras sencillas el hecho redentor tal y como se produjo en la historia.

Existe un segundo tipo de dificultades. Normalmente, estas meditaciones, en los Ejercicios Espirituales, se proponen al final y, de ordinario, en su aspecto menos complicado, porque la falta de tiempo impide profundizar en ellas. En la meditación de la pasión, por ejemplo, sólo se solicita la compasión por los sufrimientos del Señor. Esta llamada tiene, naturalmente, un efecto inmediato en nuestra sensibilidad. Sin embargo, no estamos más que al comienzo de un largo camino que debería conducirnos a la meditación de los misterios de la cruz. Más difícil aún resulta la contemplación de los misterios de la Resurrección, tan distantes en apariencia de nuestra experiencia inmediata.

A esta dificultad, que puede experimentarse particularmente en los Ejercicios de menos de ocho días, se añade otra más seria: si se nos pidiera que confesáramos hasta qué punto ha penetrado en nuestra experiencia de cristianos el misterio de la cruz, cada uno de nosotros daría respuestas muy distintas. Sería fácil catalogar las «cruces» llevadas y soportadas, y los catálogos de «cruces» ofrecerían muchos puntos en común. Pero sobre la comprensión del significado de esas cruces y sobre cómo las hemos vivido, con qué dosis de paz en nuestro corazón, nuestras respuestas no serían iguales, y caeríamos en la cuenta del largo camino que nos queda aún por recorrer.

De la diversidad de experiencias del misterio de la cruz se deriva también una diversidad en la comprensión de lo se dice sobre este misterio. Para unos es inmediatamente comprensible, mientras que para otros es demasiado duro, absolutamente excesivo y desmedido. A veces, al leer algunas páginas sobre la cruz escritas por los místicos, las palabras nos suenan un tanto retóricas, y no com-

prendemos su sentido profundo. Expresiones como la de Santa Teresa de Jesús, «padecer o morir», parecen reflejar un gusto morboso por el sufrimiento y pueden ser mal interpretadas.

Existe también un sentido falso de la cruz, un modo erróneo de atormentarse en la vida diaria con la pretensión de mortificarse y mejorarse. Existe otro modo equivocado de afrontar las cruces: sin valentía y sin entereza, en una especie de resignación pasiva, que es lo opuesto al verdadero sentido de la cruz y que nuestra pereza e indolencia considera acertada como postura comprensiva de la cruz.

El discurso viene a ser muy difícil, y corremos el peligro de acumular palabras en vano, porque carecemos de una experiencia realmente sentida y pacificada; de ahí brota una abstrusa retórica de la cruz, un aluvión de conceptos cuyo único valor parece residir en estar «bien pensados». Y aunque existiera esa experiencia cotidiana, la realidad no se podría expresar ni explicar de forma claramente comprensible.

Teniendo en cuenta estas dificultades, he escogido dos vías de acceso, dos itinerarios: uno arranca de unos textos del Nuevo Testamento y, poniéndolos en relación, intenta iluminar la experiencia de la cruz en la oración y en la vida cristiana; al otro le sirve de base e impulso la experiencia actual de la pasión del mundo.

Por lo que respecta a los textos del Nuevo Testamento, los puntos de partida son, al menos, tantos como los autores de los diversos libros, pues cada autor tiene su forma peculiar de mostrar la centralidad del misterio pascual en la existencia cristiana.

He seleccionado algún ejemplo de los evangelios de Lucas y de Juan.

### **El evangelio según san Lucas: dos tiempos en la educación del discípulo**

No analizo directamente la parte que corresponde a la pasión (capítulos 22-23), como es habitual hacer en las meditaciones de los Ejercicios Espirituales. Voy a analizar la parte que la precede (capítulos 4-18), donde Lucas presenta el camino del discípulo que ha sido llamado a seguir al Maestro como una preparación gradual para participar en la pasión del Señor. La participación en la cruz para entrar en la gloria es el punto de llegada de la formación evangélica.

Con relación a esto, la descripción de la vida pública de Jesús se puede dividir en dos partes. La primera va del capítulo 4 al 8 y comprende la enseñanza y los milagros de Jesús en Galilea; la segunda se extiende desde el capítulo 9 al 18 y se ocupa de la subida de Jesús a Jerusalén. Vienen después el ministerio en Jerusalén, la pasión y la resurrección. Es útil indicar brevemente cómo describe Lucas la educación del discípulo en el seguimiento de Jesús, a través de etapas sucesivas cuyo momento culminante es la cruz.

*Primera etapa:* a través de una serie de milagros, de enseñanzas sobre el amor, sobre el perdón y sobre la misericordia, de palabras mesiánicas que lo ponen todo del revés («dichosos vosotros, los pobres»), se indica un primer aspecto de lo que el discípulo debe asimilar para convertirse en un verdadero discípulo evangélico. Es «la formación de la persona cristiana», la educación del corazón de la humanidad.

En estos primeros capítulos del evangelio de Lucas, Jesús aparece como el que, con inmensa bondad, se pone del lado de todo género de miserias, enfermedades y sufrimientos, y les busca remedio. Pronuncia palabras de amor, de perdón y de misericordia y nos invita a cada uno de nosotros a poner en práctica esa educación fundamental para la fraternidad, la misericordia, la compasión y la ayuda al prójimo. Son las páginas más fáciles del evangelio, que hasta un ateo puede aceptar, porque hablan de fraternidad humana y de atención al enfermo y al débil. Esta educación es el primer peldaño de la experiencia evangélica, forma a la persona buena, al ser humano de corazón comprensivo y abierto a compadecerse de los sufrimientos de los demás.

La *segunda etapa* podemos denominarla «la formación del discípulo evangélico». Sus características están indicadas de los capítulos 9 al 18: menos milagros de Jesús, palabras duras e intransigentes, y una especial dedicación a los Doce, a la formación de los evangelizadores que han decidido seguirle. Los temas de esta segunda parte entrañan mayor compromiso, y frente a ellos es mucho más costoso tomar postura. Sustancialmente, se pueden sintetizar en tres aspectos fundamentales:

— Formación para el desprendimiento y para la libertad de corazón. «Quien no abandona todo no puede ser mi discípulo; quien no me prefiere a su padre y a su madre no puede seguirme; quien no pierde su vida no es digno de mí...» (cf. *Lc 14,25-33*).

— Formación para el abandono total en el Padre. La persona debe ser capaz de dejar de lado toda preocupación por sí misma y depositar en el

Padre el presente y el futuro, todo cuanto posee, confiando sólo en él y aceptando de buen grado todos los riesgos que el seguimiento de Jesús comporta;

— Formación para aceptar el misterio de la cruz en la vida cristiana. Los textos a reflexionar son los de las tres predicciones de la pasión y los que hacen hincapié en la incapacidad de los discípulos para comprenderlas (cf. *Lc 9,21-22; 9,43-45; 18,1-34*).

¿Qué se muestra en estos textos acerca del modo en que presenta Lucas el acercamiento al misterio de la cruz? Me impresiona particularmente que los discípulos sólo gradualmente comprendan este misterio. Nosotros, en cambio, suprimimos con frecuencia los pasos, presumiendo que lo entendemos enseguida porque tenemos el Crucifijo en nuestras iglesias y en nuestras casas. Pero la Cruz es el culmen, el término final de la formación que imparte Jesús.

Sólo pasando por los grados intermedios de la educación del corazón en la bondad, en la compasión y en la fraternidad, se puede llegar a vivir el desprendimiento, el abandono de uno mismo en el Padre, y a penetrar en el sentido de la Cruz. Y es entonces cuando el sentido de la cruz no se confundirá ni con la insensibilidad ni con el heroísmo frío y duro, sino que representará la madurez de toda una vida cristiana.

En la meditación de la pasión, Lucas nos pone en guardia contra todo lo que sea una conclusión demasiado fácil, contra todo lo que no haya pasado por las maduraciones anteriores. Cuando, ante un sufrimiento humano, decimos: «Jesús ha muer-

to; luego también nosotros tenemos que sufrir, el sufrimiento es trámite obligado para el ser humano, etc.», estamos expresando una verdad a la que sólo se le puede dar un significado correcto desde una posición de fe muy avanzada; de lo contrario, nuestras palabras serán malinterpretadas y producirán una impresión negativa en quien no viva la experiencia cristiana, como si le diéramos a entender que el cristianismo es religión de sufrimiento y de tormento.

Los evangelios nos enseñan que sólo la persona que ha pasado a través de una profunda comprensión del dolor humano, intentando continuamente liberar a los demás, ayudarles, poner remedio a sus sufrimientos, y tiene además el coraje realista de no soportar pasivamente sus propios sufrimientos, puede estar en condiciones de entender algo del misterio de la cruz. Sólo al final de una profunda maduración cristiana se acepta el mensaje de que el sufrimiento tiene un sentido, incluso allí donde se muestra inevitable y escandaloso.

En conclusión, el acercamiento al misterio de la cruz que sugiere el evangelio de Lucas requiere una prudente y sabia gradualidad. Precisamente por eso, los Ejercicios proponen las meditaciones de la pasión después de un largo camino de purificación y de conocimiento interno de la persona de Jesús.

Por nuestra parte, debemos presentarlas siempre con discreción, para no inducir a quien nos escucha a pensar que «donde hay más dolor, mayor sufrimiento, martirio y dificultad, allí hay más cristianismo», una ecuación que conduce a perspectivas erróneas y contrarias a la experiencia cristiana.

## La pasión según san Juan

Si Lucas nos conduce gradualmente al misterio de la cruz como culminación de la vida de Cristo y del proceso del cristiano, Juan presenta el misterio de la cruz como irradiación de la gloria de Dios (cf. *Jn 1,14; 12,23; 12,27-28; cf. también 3,14; 8,28; 12,32* para el concepto de «exaltación», y *2,4; 16,32* para el tema de la «hora»).

Es otro punto de vista que está asumido con mucha atención y tacto para no distorsionar los términos. La cruz, para Juan, es la manifestación de la gloria del Señor. Cuando, en el prólogo, dice que «contemplamos su gloria: gloria de Hijo único del Padre» (*Jn 1,14*), el evangelista está pensando en la gloria que se ha revelado en la pasión. Paradójicamente, el momento de la humillación es el momento de la glorificación.

El evangelista no explica explícitamente el motivo de sus afirmaciones, sino que deja que seamos nosotros quienes descubramos, en las palabras del cuarto evangelio y detrás de ellas, cómo y por qué el acontecimiento de la cruz es la gloria de Cristo. Por su naturaleza humillante, infamante, por ser signo de derrota, la cruz es algo que no debería existir en la vida de Jesús ni en la de ningún ser humano. Jesús vino a proclamar la palabra de Dios para que la acogiésemos, mientras que la cruz indica que la Palabra fue rechazada. ¿Dónde está la gloria? Indudablemente, no está en el fracaso de la palabra de Dios, como tampoco está en el dolor físico.

La cruz es gloria porque, en el momento de la muerte, el amor de Dios por nosotros, el amor del Padre que Cristo nos revela —un amor rechazado y que, pese al rechazo, se vuelve a ofrecer inven-

ciblemente en el mismo acto de ser rechazado—, alcanza una cima que no admite réplica ni tipo alguno de duda. En la cruz, el amor de Dios a la humanidad se manifiesta de tal modo que es imposible sustraerse a él.

No es, por tanto, el sufrimiento como tal, ni siquiera el que se abraza con resignación, sino la propuesta de un amor invencible, lo que permite hacer del momento más oscuro de la vida de Jesús y de la humanidad el momento de la manifestación de la gloria de Dios.

Juan nos orienta hacia el esfuerzo por comprender lo que es determinante en la pasión de Cristo y lo que, en consecuencia, debe ser el objeto principal de nuestra meditación. Jesús es importante para nosotros porque es un apoyo y un consuelo en las dificultades. Es verdad que podemos consolarnos diciendo: «El Señor ha sufrido antes que nosotros, el Señor ha pasado por estas pruebas»... Pero, si nos quedamos en ese nivel, es señal de que aún no hemos entendido el verdadero significado de la pasión y la muerte del Señor.

Cuando hayamos valorado la vida de Jesús como palabra de Dios ofrecida y puesta a disposición de cada uno de nosotros, entonces comprenderemos que esa disponibilidad resalta de forma inequívoca precisamente en el momento en que su oferta es rechazada, porque sólo entonces se manifiesta como absolutamente gratuita y sin ahorrarse costo alguno. Es la oferta rechazada que, sin embargo, se entrega de verdad hasta el fondo, hasta la muerte, momento final de cualquier posibilidad humana.

Aquí tenemos una clave para entender lo que significa vivir la pasión del Señor en la vida cris-

tiana. No es simplemente participar en el sufrimiento de Jesús ni en su soledad, a través de nuestros dolores y de nuestras pruebas. No es meramente tener ánimo para afrontar las dificultades en el cumplimiento de nuestro deber, porque Jesús las ha superado antes que nosotros. Significa, más bien, percibir en la persona de Jesús lo que le cualifica y le caracteriza: él es «Evangelio» (Buena Noticia), palabra de salvación y de amor, ofrecimiento hecho al ser humano, desde la más absoluta gratuidad, indefensión y disponibilidad. La experiencia del cristiano tiene su culmen en el momento en que también él se convierte en «Evangelio», palabra de Dios ofrecida al otro libremente, indefensa y disponible; y tal disponibilidad aparecerá del modo más absoluto y sincero en el momento en que sea impugnada. Es el misterioso camino de la palabra de Dios, que es pisoteada y que, precisamente en esa situación, manifiesta su poder.

La cruz adquiere entonces un significado que está directamente vinculado al misterio de la evangelización en la Iglesia. El hecho de encontrar dificultades o incomprendiones puede ser santificado por el misterio de la cruz. Pero el sentido fundamental de la cruz es el Evangelio como palabra-persona entregada al rechazo humano, sin reservas ni ahorro de costos, y capaz por eso mismo de redimir al que la rechaza con el triunfo del amor misericordioso.

El cristiano hace la experiencia de la cruz cuando, olvidándose por entero de sí, se hace palabra evangélica ofrecida en plena disponibilidad a los demás; cuando su ofrecimiento se ve sometido a prueba por el menosprecio y el rechazo; y cuando, finalmente, en esa prueba, el Espíritu concede

la fuerza para seguir ofreciéndose, perdonando el rechazo y sin proferir queja o lamentación alguna. De esta manera, la vida del cristiano se convierte en manifestación de la gloria de Dios, en palabra en la que resplandece el misterio del Crucificado.

Todas las páginas evangélicas se clarifican y unifican una vez que se ha comprendido este misterio de la Palabra de Dios rechazada y, a pesar de ello, entregada siempre en el momento en que es crucificada.

Mientras no se llegue a este nivel, la experiencia cristiana permanecerá en estado embrionario, en camino: en esta situación, prevalece el esfuerzo por salvarse a sí mismo, por encontrar el modo de cumplir mejor el propio deber, y el misterio de la cruz sólo sirve de apoyo. Todavía no nos hemos entregado a la cruz con la misma disponibilidad que Jesús.

## **La pasión del mundo**

Intentemos ahora reflexionar sobre la relación entre la pasión de Jesús y la que yo llamo «pasión del mundo».

Por «pasión» o «sufrimiento del mundo» entiendo toda experiencia del dolor humano, físico y moral, desde la enfermedad al abandono, la soledad, la miseria, el hambre...: todas las situaciones límite de una gran parte de la humanidad y de cualquier ser humano, según diferentes formas y circunstancias. Por «pasión del mundo» entiendo especialmente lo que constituye su aspecto más doloroso e hiriente, dentro de este cuadro trágico que estamos contemplando: el sufrimiento que es

imputable de alguna manera a la voluntad del ser humano, a su negligencia o, hablando sin rodeos, a su maldad.

La acción malvada del ser humano acrecienta desmesuradamente el sufrimiento. Cuando nos encontramos ante una enfermedad, cuanto más grave es ésta, tanto más se carga de sufrimiento el ambiente. Si un enfermo gravísimo está rodeado de una atmósfera de generosidad, de atención y de amor, su situación, de alguna manera, cambia, porque prevalece la atmósfera de bondad que le consuela. Pero cuando entra en juego la negligencia o el egoísmo o, directamente, la maldad y la crueldad, palpamos un misterio de iniquidad que nos vuelve impotentes.

La maldad deliberada y libre confiere al dolor ese carácter diabólico de incomprendibilidad que afecta al ser humano en lo más íntimo de su ser.

Actualmente, sabiendo como sabemos que todos formamos parte de un mismo y único mundo, comprendemos que muchos sufrimientos de millones de seres humanos son queridos o permitidos o aceptados por otros seres humanos. Precisamente porque el hambre de una gran parte de la humanidad es consecuencia de acciones, decisiones y medidas económicas que, aunque no la buscan directamente, de hecho la producen, ese hambre adquiere una connotación trágica y crea reacciones diferentes de las que se podrían suscitar si, por causas involuntarias, hubiera poco pan para repartir y se trabajara fraternalmente por dar un poco a cada uno.

Cuando la carestía es fruto del egoísmo, estamos ante el atropello, el abuso y la injusticia.

En este sentido entiendo, por tanto, la pasión del mundo: la suma de todos los sufrimientos de la humanidad, pero principalmente de los debidos a la mala voluntad de los humanos. Pienso en todas las situaciones de marginación, de violencia y de soledad en las que alguien se ve privado, por culpa de otros, de algo a lo que tiene derecho.

Evidentemente, la experiencia de la pasión del mundo comienza a afectarnos no cuando hablamos de ella, sino cuando la padecemos nosotros mismos. Entonces nos sentimos abandonados, marginados, rechazados, y entramos en una crisis que nos crea un bloqueo y una impotencia para salir por nuestras propias fuerzas de ese sufrimiento. Muchas veces, personas capaces de aconsejar y ayudar a quienes están en dificultad, cuando son traicionadas y abandonadas, pierden la cabeza y ya no saben reaccionar. Toda su visión de la realidad queda trastocada.

## **Cristo y la pasión del mundo**

Volvamos a la persona de Jesús y preguntémosnos, a la luz del Nuevo Testamento, cómo vivió él la experiencia del sufrimiento causado por la iniciativa humana, el misterio de iniquidad del dolor querido y buscado.

Ante todo, Jesús padece la pasión del mundo y entra de lleno en ella como *palabra rechazada*. Reflexionando sobre el cuarto evangelio, hemos dicho que Cristo es el don de Dios rechazado, y que su muerte es el signo del rechazo de ese don. Jesús, con su muerte, se encuentra en el mismo centro de la pasión del mundo, allí donde el sufri-

miento, a la vez que físico, es también moral: condena por parte de los poderosos, ingratitud de quienes deberían haberlo acogido e ignominia infligida por aquellos a los que ofrecía su don. Todo esto sucede no sólo por causa de situaciones contingentes, de errores de procedimiento, sino porque la Palabra de amor y de entrega no es aceptada.

Jesús se pone en el centro mismo del sufrimiento del mundo no explicándolo, sino padeciéndolo en sí mismo hasta el extremo. Su muerte es el hecho a partir del cual todo lo demás puede ser interpretado. Su total disponibilidad para con nosotros estaba ya presente en su nacimiento, en sus milagros, en su trato con la gente y en su predicación; pero se muestra de forma irrefutable cuando Jesús ya no tiene nada que hacer y se entrega en nuestras manos, dejándose rechazar y persistiendo en su entrega.

Se adentra, por tanto, en el corazón del sufrimiento del mundo acogiéndolo en sí mismo. Ésta es su lucha decisiva contra la pasión del mundo. El misterio de la cruz empieza a ser un modo de ver la realidad, un modo —eso sí— difícil y preñado de consecuencias para la vida del cristiano y de la Iglesia. Comienza a ser el discurso «duro» que los Apóstoles no conseguían entender (cf. *Lc 9,45; 18,34*). A ellos y a nosotros nos propone Jesús situarnos frente a la pasión del mundo asumiéndola como propia.

## **El ser humano y la pasión del mundo**

Normalmente, nuestras actitudes con respecto a las situaciones de sufrimiento causadas por la voluntad humana son diversas. Os recuerdo algunas que me parecen propias de la experiencia humana.

En primer lugar, la reacción de desesperación ante el sufrimiento. Desesperación que puede expresarse en una tempestad emocional, con crisis de pánico y tentaciones de suicidio, o quizá en una fría afirmación del sinsentido de la vida. Hay quien dice: «Todo esto es absurdo», y procura, en consecuencia, construirse una existencia cerrada en sí misma y poner la mayor distancia posible respecto de cualquier género de implicación en el sufrimiento ajeno. «Si este dolor es incomprensible, ¡no quiero participar en él, quiero defenderme, no quiero dejarme abrumar por él!» Es una posición lúcida, que puede culminar en una filosofía práctica del absurdo de la existencia y en una teorización del egoísmo: que cada cual haga todo lo que pueda para librarse del sufrimiento de los demás.

Una segunda actitud, en contraste con la primera, suscita nuestra admiración y parece exigir nuestro consenso: la reacción de lucha, la reacción heroica. Consiste en el esfuerzo por limitar, por reducir lo más posible el campo del sufrimiento, sacrificando tiempo y energías, metiéndose en esas situaciones para eliminar en lo posible sus causas.

Podemos evocar al respecto el empeño de quienes se esfuerzan por conseguir que los daños ocasionados por la negligencia o la maldad humanas sean reparados, y que la violencia pierda su carácter ofensivo, aunque un cierto uso de la violencia

sea inevitable en este esfuerzo, incluso por parte de quien actúa con buena voluntad. La policía y las prisiones, por ejemplo, representan un intento de frenar, desalentar y eliminar las motivaciones violentas y los daños a la comunidad. El sistema político de alianzas y de guerras en legítima defensa es también un intento de dominar por la fuerza los efectos negativos de la maldad humana.

Todo esto puede llegar incluso el heroísmo de arriesgar la propia vida por el éxito de la empresa. Con más frecuencia, la lucha adquiere las características de una perseverancia generosa en el compromiso político, en el servicio social, en el trabajo contra la marginación, etc. Y, puesto que nunca es posible eliminar del todo el sufrimiento, esta lucha es permanente y exige una dedicación extraordinaria para que no se estanque ni se deje vencer por la desilusión y la frustración.

Hemos visto que el mismo Jesús actúa de este modo cuando hace los milagros, cura a los enfermos, acoge a los marginados, a los pobres y a los que sufren e invita a todos a hacer lo mismo. Pero la cruz significa un paso más allá.

### **La participación del cristiano en la pasión de Cristo y del mundo, en la oración y en la vida.**

Para comprender ese «más» y aplicarlo a nuestra experiencia, retomamos los Ejercicios Espirituales y nos preguntamos cómo se da el paso de la segunda a la tercera semana en el método de san Ignacio.

En la segunda semana se ofrecen a la contemplación los ejemplos de la vida de Jesús, su bondad, su compasión, su valentía, y se nos invita a

crecer en el deseo de asemejarnos a él en el modo de afrontar las dificultades y las pruebas que nos esperan en el compromiso diario de servir a los demás, a la Iglesia y a la sociedad. Pueden nacer también propósitos de un compromiso de carácter político como medida para poner freno al mal y trabajar en la construcción del bien común.

¿Qué añaden las meditaciones de la pasión propuestas para la tercera semana? Ciertamente un mayor heroísmo, una mayor capacidad de estar dispuestos a servir con un importante sacrificio personal y a afrontar situaciones más difíciles que las ordinarias, porque es importante para el cristiano saber pagar los costos en su propia persona.

Pero si no avanzamos más, nos quedamos todavía en el plano del heroísmo humano que cualquier persona de buena voluntad puede comprender y practicar. Gracias a Dios, cualquier ideología puede impulsar a actos de heroica dedicación.

La enseñanza (y la gracia) específica de la tercera semana de los Ejercicios es la invitación a contemplar al Crucificado para entrar en el corazón del sufrimiento humano o, mejor aún, para dejar que él entre en nosotros, aceptando dejarnos involucrar en él hasta el fondo y a costa de vernos abrumados por él, aunque ello parezca no tener sentido ni producir resultado alguno aparente.

Éste es el paso más exigente y más difícil de exponer, y sólo puede proponerse en una atmósfera de reflexión, de oración y de iluminación del Espíritu Santo. El Espíritu hará comprender lo que significa concretamente. Nosotros podemos hablar de él, dialogar sobre él, pero nadie, llegado el momento, es capaz de vivirlo a fondo con sus solas

fuerzas. Jesús, en cambio, lo vivió, se dedicó a su misión con fidelidad, aun a riesgo de su vida, e hizo además de la entrega de sí —hasta la muerte en cruz— la revelación de su ser-para-nosotros en nombre de Dios, aunque aparentemente sin resultado alguno.

Desde un punto de vista humano, sacrificarse por los demás no es tan difícil cuando se ven los resultados. El médico, por ejemplo, se siente motivado a curar a un enfermo contagioso sin preocuparse por el posible contagio. Pero estar totalmente disponibles para quien, en un momento determinado, nos rechaza e intenta humillarnos, es la actitud difícilísima que nos hace partícipes del misterio del amor divino.

Por lo demás, Jesús sabe que no siempre se pide un compromiso tan radical, y que a veces es mejor «ponerse a salvo». Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra (*Mt 10,23*); también él se escondió algunas veces para escapar a los peligros (cf. *Jn 8,59*).

Existencia cristiana no significa, por tanto, ofrecerse diariamente y sin motivo a la derrota, al fracaso, por una especie de delectación masoquista en el sufrimiento. Pero sí exige una absoluta disponibilidad del corazón que acepte ser rechazada por los demás y mantenerse perseverante hasta el final.

La cruz no es un medio que tenga valor o eficacia en sí mismo y con el que Jesús piense ganarse el corazón de los hombres. La cruz es Jesús mismo en cuanto disponible para dejarse aniquilar por el hombre que le rechaza. Es el Dios crucificado que nunca hubiéramos podido imaginar, el Dios

que muere por no menoscabar en lo más mínimo su total apertura de amor.

La consecuencia es que el cristiano no está involucrado en la pasión del mundo sólo porque ayuda y sirve al que sufre y es eficiente en la lucha contra la injusticia, sino principalmente porque está dispuesto a dejarse cuestionar como persona, a dejarse volver del revés por la vocación evangélica, hasta convertirse él mismo en Palabra rechazada y obligada a callar.

El máximo servicio que el cristiano puede hacer a un hermano es el de Jesús: ofrecerle la disponibilidad de Dios a favor del hombre, vivir en sí mismo la disponibilidad de la palabra evangélica, aceptando todas las consecuencias. De esta forma, el cristiano se acerca a la misma cruz del Señor, en la medida en que ello es posible a la criatura humana, y en ella vive su fracaso, su inutilidad aparente y su sinsentido, testimoniando de ese modo que el amor de Dios es capaz de cambiar el corazón de los humanos por la fuerza del Espíritu y despertando el deseo y la nostalgia de una vida entregada.

El aparente sinsentido del ofrecimiento radical de Cristo y del cristiano es, en realidad, la raíz de todas las formas de eficacia y la piedra de toque de la auténtica aceptación de la cruz en la vida cotidiana.

Para evaluar si mi compromiso en favor de los hermanos es realmente auténtico, debo preguntarme si, cuando es rechazado, despreciado o ridiculizado, me siento contrariado y lo abandono, o si intuyo que estoy participando de algún modo en la experiencia de Jesús.

El sacrificio cristiano es derramarse en libación de alabanza, según la expresión de Pablo (cf. *2 Tim 4,6*) y es el ofrecimiento de nuestra vida y de nuestro compromiso. Esta paradoja, tan difícil de exponer y de cuyas formulaciones nunca debemos abusar para montar fáciles razonamientos, no es fruto de nuestro esfuerzo, sino que es el Espíritu quien la suscita en nosotros. Pero es también algo que pedimos y cultivamos en la oración, único lugar en el que conseguimos comprender algo de la pasión de Jesús. En la oración de la «tercera semana», así entendida, hay una posibilidad real de participar en la pasión del mundo y en la construcción de un mundo nuevo, liberados de la preocupación por nosotros mismos e incluso del deseo de éxito en nuestras acciones; realmente disponibles, por tanto, para todas las necesidades y exigencias del mundo que nos rodea.

Se trata, por tanto, de un desprendimiento necesario para recibir la plenitud del Espíritu de Dios que actúa en nosotros, de una liberación que pasa a través de la cruz de Jesús. Todo ello —conviene repetirlo— no es objeto de una conquista personal, sino más bien el regalo que se concede al corazón que se abre al Espíritu.

Si contemplamos la pasión como punto culminante que da sentido a toda la vida de Cristo, y no simplemente como una ayuda, apoyo o consuelo en nuestras necesidades, las meditaciones de la «tercera semana» deben conducirnos a dejarnos transformar en la imagen de Cristo ofrecido por la humanidad en nombre de Dios, sin reservas, sin lamentaciones, sin encurvamientos sobre nosotros mismos.

Es la etapa decisiva de la conversión cristiana, que nos posibilita entrar evangélicamente en la pasión del mundo, dando un sentido no contingente a los esfuerzos humanos por mejorar la situación de la humanidad. Mientras no nos amemos los unos a los otros como Dios nos ha amado, no venceremos el mal del mundo. Pero amarnos como Dios nos ha amado significa estar dispuestos a ser crucificado con Cristo.

## El mensaje del Resucitado para el cristiano que vive el sufrimiento del mundo

### Centralidad de la resurrección

No nos fijamos en las meditaciones de la Resurrección ni en el mensaje del Resucitado en general, sino en el mensaje del Resucitado para el cristiano que vive el sufrimiento del mundo a la luz de la cruz. Un tratado teológico sobre la resurrección comportaría, de hecho, una referencia a todo el misterio cristiano y al misterio de la Trinidad.

Nos situamos en el punto de vista del que hace los Ejercicios Espirituales y, tras haber intentado asimilar el misterio de la cruz, se coloca ahora frente al mensaje de la resurrección, acontecimiento central del cristianismo.

Es verdad que la experiencia de la alegría propia de la resurrección nos parece no pocas veces artificial y con escasa incidencia en la vida diaria. Efectivamente, el sufrimiento lo experimentamos muchas veces, pero quizá tenemos menos a nuestro alcance la experiencia de la alegría pascual.

Me llamó la atención un artículo de una revista de formación cristiana en el que se denunciaba lo poco que se habla hoy de la resurrección. Decía, entre otras cosas: «Es evidente que cada época y

cada cultura busca en el conjunto de la temática de la tradición cristiana los aspectos con los que mejor sintoniza. En la actualidad, son la igualdad, la justicia, el espíritu comunitario, la simplificación de las estructuras eclesiales... Hoy se habla de estas cosas porque la gente está dispuesta a escucharlas. Con todo, el que se haya dejado de lado el mensaje de la resurrección merece toda nuestra atención, porque se trata precisamente de un eclipsamiento del hecho fundamental del cristianismo, sin el cual, según Pablo, nuestra fe no tendría razón de ser. ¿Cómo es posible predicar igualdad, justicia, espíritu comunitario si, a la vez, no ponemos su fundamento en la resurrección de Jesús?» (*El Gallo*, diciembre 1976).

Se requieren, desde luego, atención, verdad y sinceridad para no caer en sentimientos ficticios e irreales. El articulista continúa diciendo que, «mientras que en el cristianismo primitivo la resurrección era la predicación fundamental, hoy ese discurso está debilitado, y la idea de la identificación de la humanidad doliente (hambrientos, perseguidos, marginados por cualquier motivo) con el Cristo de la pasión está mucho más presente que la esperanza en la resurrección».

Ya hemos visto cómo se pueden exponer de forma indebida los valores de la pasión de Jesús. Precisamente porque con el discurso sobre el Resucitado puede suceder lo mismo, queremos partir de la experiencia del cristiano que vive el sufrimiento del mundo. Vivir el sufrimiento del mundo no significa sólo compadecerse de los males ajenos, ayudar a los demás y sacrificarse, sino que quiere decir, sobre todo, implicarse y mostrarse disponibles, como hizo la Palabra de

Dios con nosotros, hasta el punto de que, llegado el caso, esa disponibilidad vuelva nuestra vida del revés.

Éste es el mensaje definitivo del Crucificado. Y ahora nos preguntamos: ¿Cuál es el mensaje de la Resurrección para quien se ha dejado implicar por el misterio de la Palabra de Dios comunicada a los seres humanos? Para responder, os propongo uno de los muchos caminos que se podrían recorrer. Es difícil, por lo demás, presentar la globalidad de este misterio sin transitar por una vía concreta.

Comenzaremos exponiendo un dilema ante el que se encuentra hoy la predicación de la Resurrección; analizaremos después un texto del Nuevo Testamento y, por último, nos preguntaremos de qué manera el mensaje del Resucitado repercute en el sufrimiento del mundo y en la construcción de la nueva comunidad.

## **El dilema**

Expongo el dilema formulando un interrogante: ¿Hay que cambiar la situación o hay que anunciar la alegría?

Si el mensaje de la resurrección es hoy poco popular y escasamente anunciado, quizá sea porque juzgamos más urgente otro tipo de mensaje, el del compromiso por cambiar la situación aprovechando las energías de la crispación que experimentan las personas que sufren. Se piensa que el anuncio de la alegría debilitaría esa vitalidad y haría decaer el trabajo en pro del presente: si la crispación puede originar un compromiso para

cambiar la situación, mejor no atemperarla con propuestas de alegría...

Una expresión típica de esta mentalidad la encontramos en diversos libros que han gozado de una cierta difusión. Es muy conocida, por ejemplo, la obra de F. Belo, *Lectura materialista del Evangelio de Marcos*, que conoció un notable éxito y que contiene, evidentemente, páginas interesantes. Con todo, me ha impresionado que el autor, queriendo estudiar el mensaje del evangelio de Marcos, no consiga dar ningún significado a la muerte de Jesús. Ve en Marcos un evangelio revolucionario que invita a una toma de conciencia de los mecanismos sociales y a una superación de la situación presente. La muerte del Señor es considerada como un incidente desagradable, un hecho que no debería suceder: la vida de este hombre acaba mal y, sin embargo, es necesario seguir adelante. Según F. Belo, Jesús ha fracasado, pero otros volverán a intentar su proyecto, y posiblemente lo consigan.

Es justamente aquí donde se percibe la incapacidad del autor para captar el misterio decisivo, la clave de la manifestación de Dios en Jesús. No se niega el hecho de la resurrección, pero se la considera como una simple apertura al futuro, como una disponibilidad genérica al futuro de Dios; como un acontecimiento, por tanto, que no puede cambiar la situación, que no tiene un significado específico en la construcción del mundo. Para Belo no existe relación entre la Resurrección y la construcción de la humanidad nueva; lo único que cuenta es el compromiso presente para cambiar la situación.

En esta perspectiva, la muerte y la resurrección de Cristo sólo entran en el proceso de cambio de la

humanidad de un modo marginal: la resurrección es una esperanza que no hay que extinguir, y la muerte un incidente desagradable que debemos procurar evitar con todas nuestras fuerzas para que la injusticia sea vencida.

El dilema está vigente también en nuestra experiencia diaria. ¿Debemos decidimos por la lucha «heroica», aunque la batalla parezca perdida, porque la lucha es siempre necesaria? ¿O debemos elegir la visión evangélica según la cual existe una fuerza de lo alto capaz de transformar las situaciones de injusticia?

El dilema se plantea en la predicación de la resurrección. Si no conseguimos captar el valor transformador de la resurrección de Jesús, instintivamente predicaremos un cambio cualquiera de las situaciones y un compromiso genérico, convirtiéndonos también nosotros en otros tantos agentes de cambio como existen al interior del propio mundo, confundiéndonos con las fuerzas que se atribuyen específicamente esa responsabilidad y vaciando al cristianismo de su contenido propio.

Es, por tanto, muy importante comprender qué significa «anunciar la alegría del Resucitado», qué impacto tiene esta verdad en el sufrimiento del mundo y en el cambio de las situaciones que, como cristianos, debemos y queremos producir.

## **La consolación del Señor según el Nuevo Testamento**

Después de haber aclarado diversas formas de situarse ante al tema de la muerte y la resurrección de Cristo, vamos a intentar abordar el problema a través de una vía que me ha inspirado una anota-

ción de los Ejercicios de san Ignacio. Al comienzo de la cuarta semana (dedicada a los misterios de la resurrección), se dice que en la contemplación de la resurrección de Jesús hay que considerar «el oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros» (EE 224). Así pues, san Ignacio sintetizó uno de los aspectos típicos de las meditaciones del resucitado definiéndolas como «meditaciones de consolación».

Puede parecer extraño, porque nosotros solemos poner la consolación y la compasión en relación con el Crucificado; consolamos a una persona que sufre haciéndola comprender que no sólo compartimos su dolor, sino que también Cristo pasó por ese camino. Es un modo de consolar que hace referencia a la cruz entendida en el sentido secundario (y susceptible de ser falseado) del que ya hemos hablado anteriormente: la cruz como sufrimiento y no, primariamente, como don del amor de Dios.

En una perspectiva típicamente neotestamentaria, Ignacio, por el contrario, ve en la consolación un efecto propio de la resurrección. La vincula ante todo, no a los dolores del Señor, sino más bien a su plenitud de vida. Sigue siendo verdad, con todo, que la consolación presupone el sufrimiento y la aflicción; ¿cuál es, entonces, la relación entre el Crucificado y el Resucitado? ¿Cómo lo vivimos en nuestra experiencia?

Entre las páginas del Nuevo Testamento que se podrían citar al respecto, me parece particularmente importante el comienzo de la Segunda Carta a los Corintios. En una oración de acción de gracias, Pablo expresa con agudeza la relación entre

la tercera y la cuarta semana de los Ejercicios Espirituales, entre las experiencias de sufrimiento y las experiencias de consolación.

«¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesús Mesías, Padre cariñoso y Dios que es todo consuelo! Él nos consuela en todas nuestras dificultades, para que podamos nosotros consolar a los demás en cualquier dificultad, con la consolación que nosotros recibimos de Dios; pues si los sufrimientos del Mesías rebosan sobre nosotros, gracias al Mesías rebosa en proporción nuestra consolación.

Si pasamos dificultades, es para vuestra consolación y vuestro bien; si cobramos consolación, es para que vosotros cobréis esa consolación, que se traduce en soportar los mismos sufrimientos que padecemos nosotros. Nos dais fundados motivos de esperanza, pues sabemos que si sois compañeros en el sufrir, también lo sois en la consolación» (2 Cor 1,3-7).

Un análisis detallado de este pasaje nos aporta el siguiente resultado: el cristiano que experimenta el sufrimiento (no el cristiano que observa el sufrimiento de otro, sino el que se ha dejado involucrar en él por causa de la Palabra de Dios) experimenta la consolación que dimana del Señor resucitado. La consolación, por tanto, es la intervención eficaz y positiva de Dios en quien participa en el misterio de la pasión del Señor. Tiene la capacidad de irradiar la alegría sobre otros y de conseguir así —obsérvese la paradoja— que también esos otros gocen en el sufrimiento. Es una dialéctica de consolación en el sufrimiento, y se traduce en la consolación del otro que, vivificado por la consolación del Señor, es llevado a sobrellevar con más firmeza y ánimo la donación de sí que ha hecho por la Palabra.

En el pasaje citado, el anuncio de la alegría cristiana no se hace en abstracto, a una persona indiferente o que sufre replegada sobre sí misma lamentándose de sus propios males y buscando únicamente ser liberada de sus propias dificultades. La consolación del Resucitado se hace realidad, primaria y específicamente, en quien sufre por la Palabra de Dios, viviendo una experiencia semejante a la del Crucificado y que, en consecuencia, es invadido por la potencia del Resucitado que se manifiesta en él.

La alegría cristiana no es un género de consolación equiparable a otras alegrías humanas, sino que es la experiencia de quien, a través de su implicación en la cruz del Señor, encuentra en la muerte el poder de Dios que resucita, el Dios vivo que se presenta como un elemento nuevo e inesperado de la situación. Es difícil vivir la alegría cristiana: siempre es proporcional al darse, a nuestro-ser-para-los-demás, aceptando incluso el desprecio, la humillación y la posibilidad de ser rechazados.

La Palabra de Dios muestra entonces su poder, y una paz verdaderamente nueva invade los corazones: los apóstoles, después de haber sido castigados públicamente, «salieron del Sanedrín, contentos de haber merecido aquel ultraje por causa de Jesús» (*Hch 5,41*). Ésta es la alegría de la Resurrección, la alegría como fuerza de Dios que se manifiesta en la debilidad.

## **Consolación y cambio de las situaciones**

Podemos analizar, llegados a este punto, la relación entre el mensaje del Resucitado y la transformación de las situaciones humanas. Siento el temor de tener que resumir en pocas palabras una verdad tan difícil, tan ardua; pero confío en vuestra comprensión.

La consolación del Nuevo Testamento no es ante todo la consolación del Jesús taumaturgo, del Jesús que se acerca al enfermo y le dice: «Levántate y anda». Éste es un acto de misericordia, una manifestación del poder de Cristo y de la bondad de su corazón. La consolación que se nos da como participación inicial en la vida eterna del Resucitado se experimenta cuando nos sumergimos en la pasión del Señor y la vivimos como «gloria de Dios», como manifestación del amor trinitario, llegando así a percibir la realidad de la vida de Dios. Ésa es la resurrección de Jesús, que se ofreció incondicionalmente hasta la muerte, hasta la absoluta entrega; ahora bien, tal ofrecimiento, que es amor perfecto, no puede ser sino vida, y por eso Dios lo glorifica. Jesús vive, por tanto, una vida nueva, una vida distinta y definitiva, que es plenitud de gloria.

La consolación que recorre todo el Nuevo Testamento se resume en esta afirmación: Jesús ha muerto y ha resucitado.

A veces se oye decir: «Hay que predicar sobre la vida, predicar que el Señor ha resucitado, hablar de la alegría y no de la cruz». Pero el Nuevo Testamento nunca separa la una de la otra. El Resucitado es el Crucificado Resucitado; es el que, habiéndose entregado hasta la muerte por

amor de Dios, manifiesta la vida como fruto de ese amor. La entrega de Jesús es don de vida, don de la Palabra vivificante. Por eso Juan contempla en Jesús que muere la gloria de Dios.

Por tanto, sólo podemos experimentar la alegría verdadera si nos dejamos involucrar en aquella entrega vital de nosotros mismos que es manifestación del amor de Dios a la humanidad. El mensaje de la consolación modifica radicalmente la situación humana, en la medida en que nos permite experimentar la vida de Dios que triunfa en nosotros, aun en el caso de que nuestra acción sea sofocada o rechazada.

Todo esto no siempre es visible o perceptible sensiblemente. El misterio de Dios produce en el ser humano una alegría verdadera y muy real, pero no precisamente a través de una curación prodigiosa o de un cambio mágico de la situación. En lenguaje neotestamentario, lo que se nos da es el Espíritu. La resurrección es la manifestación del Espíritu de Dios, y la consolación es el Espíritu vital de Jesús que vive en nosotros en la medida en que participemos en el misterio de la cruz. No es casual que el Nuevo Testamento utilice la misma expresión para indicar referirse a la «consolación» y al Espíritu, el «Paráclito».

La alegría cristiana de la resurrección es la alegría de quien ha comprendido del todo la exigencia de dar la vida por los demás como la dio Jesús y experimenta en sí al Espíritu como vitalidad y plenitud, con la energía del Resucitado que actúa en él.

## **Resurrección y construcción de la nueva humanidad**

El poder del Resucitado modifica, por tanto, las situaciones del mundo. Como enseña Pablo, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, comprensión, cordialidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí, que son las fuerzas constructivas de la comunidad (cf. *Gal 5,22-23*). La ley del actuar egoísta, de la defensa rígida y a ultranza de los propios intereses, del contraataque, produce, en cambio, envidia, odios, litigios, celos, ira, intrigas, divisiones, facciones. La convivencia humana fundamentada en la ley de los intereses y del poder lleva a enfrentamientos continuos y a constantes divisiones entre los seres humanos. La única fuerza capaz de crear una comunidad de corazones es el Espíritu, el don del Resucitado, que produce en nosotros caridad, disponibilidad y prontitud para el servicio.

El Espíritu Santo, que nos ha sido dado en el Bautismo, es desde entonces vida, fuente de transformación y mejora, manantial de todas las iniciativas que generan a nuestro alrededor lealtad, perdón, puesta en común de los bienes y comunión de los corazones y los espíritus. Así es posible formar una comunidad que sea, ante todo, comunidad eclesial en torno a la Eucaristía, pero que puede y debe irradiarse también en la comunidad política, en la construcción del mundo.

El precio de todo ello es la implicación, con espíritu evangélico, en el sufrimiento del mundo.

¿Qué quiere decir, entonces, que los cristianos pueden y deben llegar a ser constructores de la nueva humanidad? No significa simplemente que

el cristiano recibe fuerzas para hacer algo mayor y mejor que los demás. Quiere decir, más bien, que el cristiano, habiendo madurado en su vida el misterio bautismal en su unión a la muerte del Señor, que es entrega a los demás hasta el extremo, siente revivir en él la fuerza de Cristo, sirviendo y comprometiéndose en espíritu de caridad, de paz y de humildad.

La experiencia de los Ejercicios me parece enormemente importante, porque pone al cristiano exactamente, luminosamente, con lucidez, frente a su vocación bautismal. Sin esta lucidez, el compromiso no estará arraigado profundamente y acabará como la Palabra de Dios que cae entre las piedras, entre las zarzas o al borde del camino (cf. *Mt 13,18-23*).

Los Ejercicios deben constituir el tiempo de preparación del terreno bueno que hará posible que la semilla se entierre, acepte la muerte y germine. Deben fomentar una experiencia cristiana que nos permita hablar de la resurrección y la alegría, no como realidades vacías, sino como una experiencia que se produce en la medida de nuestra participación en la muerte de Cristo. Los Ejercicios, vividos en profundidad y a través de un serio trabajo de oración penitencial, están destinados a abrir nuestro corazón a aquel compromiso con la muerte de Jesús que hace posible recibir su Espíritu, ser transformados por él constantemente y dar gozosamente la vida por los hermanos.

Termino deseándoos que llevéis adelante con valentía este planteamiento, que, pese a su exigencia, es el único que no decepciona. Con frecuencia, los Ejercicios dan frutos escasos; aunque quedemos satisfechos por haber hecho una buena con-

fesión, haber participado diariamente en la Eucaristía y haber guardado un tiempo de silencio, si no hemos penetrado en el misterio pascual de Jesús, todo seguirá igual.

Pienso que vuestra responsabilidad es comprender, experimentar y difundir esta palabra exigente, de la que brota la posibilidad de construcción de un mundo nuevo.



## Colección «ST breve»

---

- 1.— LEONARDO BOFF  
Encarnación. La humanidad y la jovialidad  
de nuestro Dios.
- 2.— JAMES BORST  
Método de oración contemplativa.
- 3.— H. M. ENOMIYA-LASSALLE  
La meditación,  
camino para la experiencia de Dios.
- 4.— PIER GIORDANO CABRA  
Amarás con todo tu corazón (Celibato).
- 5.— PIER GIORDANO CABRA  
Amarás con todas tus fuerzas (Pobreza).
- 6.— HNOS. JACCARD  
Con infinita ternura.  
La oración y la vida de una leprosa.
- 7.— ALESSANDRO MANENTI  
Vivir en comunidad.  
Aspectos psicológicos.
- 8.— JOHN CARROL FUTRELL  
El discernimiento espiritual.
- 9.— JEAN GOUVERNAIRE  
La práctica del discernimiento  
bajo la guía de San Pablo.
- 10.— YVES RAGUIN  
Orar la propia vida.
- 11.— DONALD P. GRAY  
Jesús, camino de libertad.
- 12.— JEAN GOUVERNAIRE (y colaboradores)  
Guiados por el Espíritu a la hora de discernir.
- 13.— CLAUDE FLIPO  
Etapas para el seguimiento de Jesús.  
Guía práctica.
- 14.— PIER GIORDANO CABRA  
Amarás con toda tu alma (Obediencia).
- 15.— J. I. GONZÁLEZ FAUS - J. VIVES  
Crear, sólo se puede en Dios.  
En Dios sólo se puede creer.
- 16.— JOSEPH THOMAS, S. J.  
Llamados a la libertad.  
Desafío a la formación cristiana.

- 17.— CEFERINO GARCÍA  
Comunidades de vida cristiana (CVX):  
Espiritualidad ignaciana para laicos.
- 18.— CLODOVIS BOFF  
El evangelio del poder-servicio.  
La autoridad en la vida religiosa.
- 19.— CARLO MARIA MARTINI  
María, la mujer de la reconciliación.
- 20.— PIER GIORDANO CABRA  
...Y al prójimo como a ti mismo (La misión).
- 21.— JOSÉ I. GONZÁLEZ FAUS  
Parábolas, cartas y ensueños  
del rabino Ben Shalom.
- 22.— ARNALDO PANGRAZZI  
¡A Ti grito, Señor!  
Oraciones desde el sufrimiento.
- 23.— JEAN-CLAUDE DHOTEL  
Discernir en común.  
Guía práctica del discernimiento comunitario.
- 24.— LESSLIE NEWBIGIN  
Una verdad que hay que decir.  
El evangelio como verdad pública.
- 25.— CLAUDE FLIPO  
Invitación a la oración.
- 26.— EVAN PILKINGTON  
Aprender a vivir.
- 27.— CAUDE FLIPO  
Velad y orad.
- 28.— EVAN PILKINGTON  
Aprender a orar.
- 29.— RAFAEL BOHIGUES  
«Y al despertar me saciaré de tu semblante»  
La oración.
- 30.— HENRI J.M. NOUWEN  
Con el corazón en ascuas.  
Meditaciones sobre la vida eucarística.
- 31.— FERRÁN MANRESA  
La oración.  
«... con el sentimiento de una Presencia...»
- 32.— CARLO MARIA MARTINI  
Abrirse.  
Máximas espirituales.
- 33.— CARLO MARIA MARTINI  
El seguimiento de Cristo.



En los textos de teología y de ascética se insiste, por lo general, en la experiencia de la participación en el sufrimiento, de la inmersión en la muerte, o bien en la alegría, en el cristianismo como vida. Pero cómo se vinculan entre sí y cómo van unidos estos dos aspectos, es un problema dramático. El cardenal Martini se pregunta cómo llegar a sentir la experiencia de la Resurrección de Jesús a través del Espíritu Santo, no eludiendo la pasión, sino a través de la muerte de Cristo. ¿Qué significa en el mundo de hoy pasar a través de la muerte de Cristo? ¿De qué forma esta pasión del mundo, en la que Jesús se dejó envolver, debe convertirse en el modo de introducir un cambio en la realidad que no sea sólo un intento de mejorar situaciones secundarias, sino que vaya a la raíz de las cosas, de porqué el mundo muere, en vez de vivir?

Del mismo modo que el árbol que se arranca de la tierra donde hunde sus raíces, para ser trasplantado a otra tierra, queda sometido a las consecuencias de otro clima, así también la adhesión auténtica a Cristo modifica el clima de la existencia. Pero el ser humano, llamado a una nueva evangelización en este umbral del tercer milenio, ¿es capaz de dejarse erradicar para vivir en otro clima? Los *Ejercicios Espirituales* pueden ayudar, y de hecho ayudan, a realizar ese trasplante y a vivir la vida nueva en el «Seguimiento de Cristo».

